

LOS BÁRBAROS

NUEVA YORK



Director: Ulises Gonzales
Director de arte: Rafael Gómez Alejos
Arte de carátulas: Jorge Maita

Los Bárbaros
Volumen 6
Volumen 8
Volumen 9

"Pliego Bárbaro" Selección de trabajos de las revistas 6, 8 y 9 de Los Bárbaros, Años 2015-2017
Especial para la revista Pliego Suelto

WWW.LOSBARBAROSNY.COM

Los Bárbaros, 2021 © Todos los derechos reservados.
Una publicación periódica de la **FUNDACIÓN NEWYÓPOLIS**
Una editorial independiente sin fines de lucro ni financiamientos estatales
ISBN: 9780692025123

Todos los textos publicados son propiedad de sus autores. No pueden ser reproducidos, de ningún modo, sin su autorización. Por favor, dirija su correspondencia y colaboraciones a Fundación Newyópolis 4 Hillside Ave. Pleasantville, NY 10570. Para comprar la revista dirijase a www.losbarbarosny.com / Contáctenos en Facebook, Twitter y por e-mail a: losbarbarosny@gmail.com
Agradecimientos: Impresiones El Aleph (Lima), Punto de Vista Editores (Madrid), McNally Jackson Bookstore (New York).
This magazine may not be reproduced, on whole or in part, in any form without written authorization from the authors.

LOS BÁRBAROS
NUEVA YORK



PliegoSuelto

Revista de Literatura y Alrededores





Los Bárbaros 6 (Las Bárbaras) fue publicado en Nueva York en el otoño de 2015. Fue editado por Ulises Gonzales. Fue republicado en Madrid en la primavera de 2017 por Punto de Vista Editores.

LAS BÁRBARAS

NUEVA YORK Nº 6

MY ALPHABET CITY

Nuria Mendoza

LO QUE ARRASTRA EL VIENTO

Úrsula Fuentesberain

SERÁ LA ESCRITURA QUIEN LO RECUERDE

Isabel Díaz Alanís

POEMA DE AMOR EN CUATRO ACTOS

Carolina Tobar

SUPERMOON

Almudena Vidorreta

PERSÉFONE DECIDE QUEDARSE EN NUEVA YORK

Elisa Díaz Castelo



MY ALPHABET CITY

Nuria Mendoza



Pero también los pájaros
atravesando el perfil isósceles
de los puentes
escapando del escarlata
hacia una noche de cartulina.

Y los cafés llenos de gente
que calla
y la sopa de lentejas
en Rivington Street
y el metro saliendo de pronto a la superficie
como un nadador falto de oxígeno
escupiendo
grafitis y tanques de agua.

Y la nieve, esa diva
que rara vez actúa para nosotros
y los caminos bajo palio
y el lago con calabazas flotantes
en Central Park.
Desbandada de sirenas en Coney Island
el azar dinamitando laberintos
y el carrusel transformado en una voluta vintage
que se esfuma a la orilla del East River.

Los días que nunca se desprendieron
de su rama
y agonizaron intactos
en incendios de escaleras.
Y aquel viaje en coche a Montauk
y el paseo por una playa que fue devorada.

Y tantas fotos que me devuelven
caricias, faros, naranjas
de la China,
las visitas que traen el abrigo
de otro otoño
y mastican una ciudad
que no es la mía
que no reconozco
que me ignora aunque
le prometa la clave
de mis ahorros y mis recuerdos.



LO QUE ARRASTRA EL VIENTO

Úrsula Fuentesberain



Cierro los ojos y ya no soy yo, Águeda, sino Rosario. Estoy en lo alto de un cerro en Comitán. Tengo la mirada baja y los brazos cruzados frente a mi pecho para protegerme del frío. El viento convirtió mi falda en un papalote como el que volaba mi hermano Mario en los llanos de Comitán.

Abro los ojos. Estoy de regreso en el parque Inwood Hill y mi hermano no se llama Mario, sino Julián y aquí no hay cerros, ni viento helado, pero sí olmos, mesas para hacer picnics y campos de béisbol. Tendida sobre el pasto, veo el baile de las hojas en las copas de los sicomoros, completamente sumergida en el efecto de los hongos alucinógenos.

Aquí se condensa, químicamente pura, la ordenación del mundo. Palabras de Rosario. Ella se refería al Valium, pero bien pudo estar hablando del psilocybe semilanceata.

Me obsesioné con Rosario Castellanos cuando llegué a Nueva York. Necesitaba conectar con alguien que supiera de la muerte y del destierro. Releí *Balún Canán* y marqué todos los pasajes donde aparece Mario. Rosario, igual que la niña de la novela, no se pudo quitar de encima el tufo de la muerte de su hermano.

Comí estos hongos para olvidar, aunque fuera por unas horas, que no pertenezco a esta ciudad, que no logro amarla y que el nombre de la ciudad que dejé atrás ya no significa “mi hermano Julián amarrado, amordazado y con un tiro en la frente”, sino “ombligo de la luna”. Quería respirar en sincronía con los sauces de Inwood Hill, descifrar sus cortezas y dejar que sus hojas me rozaran los párpados.

Cierro. Estoy de vuelta en el llano de Comitán. Tengo siete años y trenzas peinadas con baba de linaza. Mantengo la mirada baja, como me enseñó mi nana, para resguardarme del dzulum, ese animal terrible pero hermosísimo que hechiza a las personas. Mi hermano Mario sigue vivo, los brujos todavía no han hecho que le explote el apéndice y su papalote acaba de ganar el concurso de acrobacias. ¡Rosario! —me grita mi padre—, ¿qué andas viendo en el piso? ¿Dónde tienes la cabeza, niña?

Abro. Después de lo que le hicieron a Julián me rapé. No supe explicarle a mi padre por qué lo había hecho, pero cuando leí *Cartas a Ricardo* —las que Rosario le escribió a su esposo (y luego ex esposo) a lo largo de más de veinte años— me enteré que ella también se había rapado. Entendí que ese gesto era una forma de encerrarnos en nuestro dolor porque ninguna de las dos pusimos un pie fuera de la casa hasta que nos creció el pelo.

Y ahora que me arranqué de mi ciudad y me trasplanté a ésta, siento que eso que me acechaba en México me olfateó la pista. A los troncos moteados de los sicomoros de Inwood Hill les salieron ojos que parpadean sincopadamente y el pasto sube y baja como si fuera el lomo de una bestia dormida. Quiero cerrar los ojos, pero tengo miedo de lo que le espera a Rosario, así que sincronizo mi respiración con la del pasto y trato de ver fijamente a cada una de las pupilas que me miran para que crean que no les temo.

La carta más triste de Rosario es la que escribió desde Nueva York en un hotelito de Greenwich Village. En ella le dice a Ricardo que la rodea una sensación de inexistencia y de muerte, que se está convirtiendo en algo que no sabe qué es pero que será infinitamente más pobre. Y aunque nunca lo nombra, está hablando del dzulum. Su nana le enseñó que cuando el viento sopla fuerte es porque el dzulum anda rondando, entonces más vale bajar la vista para no mirarlo, porque quien lo vea queda condenado a la desgracia.

En cuanto el sol se pone, Inwood Hill queda desierto. Me levanto del suelo y caigo en cuenta de que el efecto de los hongos casi se ha esfumado. Las luces del puente Henry Hudson se encienden, yo me acerco al río para verlas más de cerca y una ráfaga me pega en la cara.

Cierro. Estoy sola en mi cuarto de hotel y me asomo por la ventana. Greenwich Village está aletargado, apenas hay un par de bares con letreros de neón encendidos y aunque he tomado más Valium de lo normal, no puedo dormir, así que me pongo mi abrigo y salgo a la calle.

El viento de aquí me recuerda al de Comitán. Camino sobre Waverly Place y giro en Christopher Street hacia el oeste, hasta llegar al río. Es diciembre y el Hudson arrastra pedazos de hielo que parecen durmientes pálidos.

Recuerdo que estoy en una isla y veo cómo la lengua paciente del agua va amansando las rocas de la playa hasta deshacerlas. Sé que es una lengua áspera como de felino y quiero sentirla. Camino entre las rocas hasta que el agua me moja los pies y la bastilla del abrigo.

Estoy a punto de dar otro paso hacia delante cuando un policía me alumbra con una linterna y me grita: «*Hey, lady! Keep out of the water! You'll freeze to death!*». Y aunque me detengo y me arrebujó en mi abrigo, una parte de mí quiere seguir avanzando hacia el agua.

Abro. No voy a meter piedras en el abrigo de Rosario. Yo, igual que ella, sólo quiero un poco de anestesia, que aquellas aguas heladas me adormezcan los pies y lo que ellos arrastran.

Cierro. El mundo de Rosario ya no está.

Abro. El efecto de los hongos desapareció. Sólo estoy yo, apoyada en el barandal viendo las luces del puente Henry Hudson sobre el río. Enfilo la cara hacia el viento, hacia donde viene el rastro del dzulum, ese animal que puedo oler desde aquí y cuyo nombre significa ansia de morir.



SERÁ LA ESCRITURA QUIEN LO RECUERDE

Isabel Díaz Alanís



Times Square

No se puede dibujar una cara con palabras, las curvas de la grafía no develan la curvatura regia de una nariz aguileña ni la hendidura natural que descansa bajo los ojos cansados. Una palabra dice a qué sabe la saliva sin traer en el nombre el aroma o su temperatura. La lengua lingüística que usurpa la boca, que fabrica con esa otra lengua, la húmeda, sus designios, es traición absoluta. Es encarnación sin carne ni hueso; es aire, golpe y trazo raquíptico; una linterna mágica que crea monstruos y malos entendidos entre la oscuridad y la luz.

(JFK)

Hay lugares, como el de origen, que puján en la memoria en los momentos inoportunos. Alzan la mano igual que los niños en las escuelas para pedir la palabra y al igual que ellos hablan sin importar si ha sido otorgado el permiso. Mi lugar de origen me ve con ojos inquisitivos, me reclama como cosa propia pero me deja abandonarlo, no porque sepa que regresaré, cosa improbable, pero porque sus ojos se han escondido en los míos sin pagar peaje. Me persigue mi pasado en esta mirada ajena. De manera azarosa recuerdo que yo solía ser alguien. Ahora soy alguien más.

Red Line 116 St

Nos preparamos todos los días según el clima. Cualquier evento meteorológico que difiera de lo normal cambia nuestro ánimo, nos hace más o menos dispuestos a enfrentar lo que viene. El clima y los sentimientos tienen una larga relación de malos entendidos. Y ahí vamos, comparando el clima de un lugar con el otro: ¿no es la misma sombra o brisa o humedad? Ni siquiera nosotros somos los mismos. Traducimos frío y calor porque no podemos cambiar de cuerpo. Sólo se puede tener un origen.

Central Park

¿Cabe en la memoria un momento apacible? ¿Deja huella algo tan sin importancia? Nada viene a mi memoria. No hay una fotografía indeleble o una imagen estable del archivo mental.

Veo a mi derecha. El chico que fumaba junto a mí se ha ido. Se llevó con él su tabaco con olor a fruta que acompañaba mi lectura improvisada. Surge un mandato: memorizar el verde de las hojas y los cálidos rayos del sol para tener un instante de naturaleza que me permita escribir después. Será la escritura quien lo recuerde.

+917-670-1563; +553-102-9789

Te caigo bien. Te alegras de que me vaya bien. Porque eso es lo que hacen los amigos. Felicidades y próspero y buenos días. Desde que te conozco me saludas cada cumpleaños y Navidad sin falta y yo hago lo mismo; cada quien desde su rincón del mundo. Alguna vez te pasé por la cabeza, me consta, pero soy un hubiera de peso ligero —mis golpes apenas los sientes y mi pelea desde hace tiempo resulta ridícula.

Fat Cat

Los genios, los inspirados, los eruditos. Esos son los que cambian el mundo —dicen—, y nos lanzan al laberinto de paredes cada vez más estrechas, idénticas todas en su altura imponente. Una cantidad de palabras brillantes germina en esta ciudad. Y proclaman: la calidad de la cosecha no es otra cosa que la fuerza innata de la semilla. Conmueven hasta las lágrimas como todo aquello que nace en primavera e inmediatamente proyectan su sombra para envilecer el lustre de los antecesores. Ellos son la buena nueva que habrá de venir a purgarnos, a todos, de las malas palabras.

319 West 116 St. 3C

Mi mano comenzó siendo un sustituto de otra mano que por estar lejos no podía estar conmigo. Entre más ajena se sintiera era mejor porque me acompañaba y era así que la soledad se me iba por el tacto, como una pequeña fuga desastrosa. Pero luego saberla mía era mejor porque no necesitaba ya del que decidió quedarse lejos. Era una habilidad nueva que mejoraba con la práctica y para la que había talento.

Deli P&S Groceries Cold Cuts Beer & Soda Salads Free Delivery

Para cenar guisó lo que quedaba de unas verduras viejas. Al hervir, el aceite parecía reproducir el sonido de una fuerte lluvia azotando un techo de lámina como el que comúnmente cubre las casas más pobres en su país de origen. Aquel ruido era lo más cercano a una realidad que existía fuera de su alcance y de la que no obstante era cómplice. Incluso entonces, a la distancia, y en el tedio de los días normales.



POEMA DE AMOR EN CUATRO ACTOS. CORTA LA PÁGINA Y JUEGA CON LOS PUERCOESPINES

Carolina Tobar



Las esposas de los hombres de negocios dicen no saber por qué hay estrellas en el cielo
la respuesta no es ni sí ni no
una vieja historia pero todo lo que me dices es anatomía humana,
recortes de un cuerpo, fotografías demasiado inconsistentes,
relaciones tiradas en el suelo,
prácticas interesantes sin terminar.
El jardín se sintió como la tristeza viva en la Tierra.
El clima bajo sus pies parecía una excusa placentera.
Tus pupilas sólo te traicionan por el grosor de tus lágrimas.
Dulces como dulces, «*my love*», «*melt my heart*», «*be true 2 u*», «*soulmate*».
Puppy love, una deficiencia de ciertos neurotransmisores,
tensiones emocionales trazadas en papel,
coqueteando con locura o simplemente imitando al teatro sentimental.
Avanzar se podía entender como un deseo de experimentar el matrimonio: «¿Te gusta
como mujer?».

El primer acto puede durar hasta una hora.

La mayoría de las personas se despiden de la pasión convencidas de que el amor, con
frecuencia, sucede en algún otro lugar, atrás del ropero, ayer, simultáneamente.

Desde la banqueta grité: la opinión lo romantiza todo.

Me casaría con todos / quien sea que me comprara el billete de lotería, la bebida o las
alucinaciones indicadas, me hiciera feliz para siempre.

Noches enamorada,

atormentada por la amante de mi amante

tomo la posición de que el universo —punzante, adicto, como envuelto en libertad
natural— es un caballo salvaje que ha perdido su jinete.

Bebo día y noche sin ningún resentimiento,

haciendo un inventario detallado,

me abstengo de expresar mis sentimientos.

Sintiendo una ausencia, no sé cómo acostarme.

Pájaros inexistentes nos adormecen con su canto: «no nos veremos nunca más».

La amnesia de la noche anterior se resuelve durante el día.

Sin nuestros cuerpos era absolutamente imposible escribir sobre temas relacionados
con la cuarta dimensión de las relaciones.

Relaciones de producción: ¿Cómo se reproducen los pájaros?

Todo el mundo acepta la existencia de la música.

Experiencias alrededor de mi cuello:

no entiendo una gaveta de calcetines.

Risas incómodas en la vereda, noches llanas pero íntimas,

una playa, una enfermedad rara, un momento profundo,

una distancia como la vida.

Los sueños terminan como la mayoría de la ficción.

Los días se convierten en uno

el miedo pone un dedo en los recuerdos.

Avanzamos hasta que ya no era necesario seguir.

La noche abierta, edificios altos, la ciudad expuesta,

una curiosidad irregular pero muy simple.

La lluvia es un fenómeno inevitable hasta en el desierto
amar a penas la locura de la contigüidad.

Tantas palabras pensando en un cierre:

¿Cómo viviremos el resto de nuestras vidas?

¿Cuál es la nueva estrategia? ¿Muchas otras personas? ¿Constelaciones? ¿Cocinemos
juntos?

Nos miramos el uno al otro, los abrigos en el suelo.

()

Encuentro flores tiradas por la calle a las dos de la mañana,
hay sentido en la pasión, en las apariencias.

Me temo que no puedo mentir.

La desesperación sea quizás un requisito para la belleza.

Toda la máquina en lágrimas.

¿Cómo puede darnos escuchar a la oscuridad, inventando o recordando, un sentido de
una narrativa personal indivisible?

Me desperté una mañana,

un universo caótico entre mis brazos.

Sin la otra mitad, ¿qué hacemos de la experiencia?

Los investigadores tienen muchas teorías,
libros fascinantes apilados.

Perro de alguien, déjame besarte.

El barco estaba en movimiento.

El universo, un cierto número de pedacitos de papel.

¿Qué pensamos de una silla sola?

Cuando estoy en el escenario,

y no hay nadie cerca para calentarme,

imagino una bailarina que gira de puntillas.

Bruselas

Intento escribir un diario íntimo de mis viajes:
comienzos demasiado elaborados, actos breves,
un final perfecto.

Desato cualquier grito como un hilo conductor.
Acoto mi soledad con poemas,
la emoción sirviendo copas ausentes.

Sonrío a falta de un amor o un gato.
Transcribo una boca con paciencia.

Algunas mañanas, al despertar,
siento como si estuviera improvisando mi respiración.

Un recuerdo;
preferiría verte desembolsando algún hallazgo,
un camello, una pelusa, mis palabras favoritas.

Firme como un capullo, me aturde la idea de salir.

Un hombre afortunado pero demasiado miserable,
podía tropezar con mi soledad.

Él me mira las pestañas,
las llamaba así, por ejemplo.

Nos olvidamos.
Seguramente el juego no es casual.

Me ahogo en descripciones,
el hecho como una frontera.

No cabría nombrar pensamientos, una acción.

Hay que mostrar en vez de decir.
Un embarazo tiene que ver con lo otro.

Si hago un viaje escribo apenas unas confesiones.
Lo primero que vi.



SUPERMOON

Almudena Vidorreta



Si alguna vez deseaste
que todos los lunares de tu cuerpo
formaran parte de un poema
es porque nunca te han quitado ninguno.
Hay personas como pecas en Manhattan:
abundantes, confundidas, que se mezclan;
imposible saber de dónde vienen,
imposible, desde cuándo están ahí.
Pero una que cambia,
esa que mudó el color
y creció a diferencia de las otras,
hubo que extirparla,
arrancarla con dolor de la carne
como en un hospital de Union Square.
He soñado infinitas noches
que se me caen los dientes
y solamente siento lástima
por ese retorcido,
por la esencia de mis imperfecciones.
Los errores, tanto temo perderlos,
amputarlos, olvidarlos,
como ese lunar que embellece,
ese que te puede matar.



PERSÉFONE DECIDE QUEDARSE EN NUEVA YORK

Elisa Díaz Castelo



Llueve en el reverso de la tarde,
el agua desenreda su látigo
contra los ángulos rectos de los edificios,
se encharca junto a las banquetas y recorre
la cuadrícula perfecta de las calles.
Casi siempre es de noche. Los turistas
alguna vez se cansan de buscar
lo que sea que buscan
y regresan a sus cuartos blanquísimos.
Vacía, Broadway es un escalofrío
de luz desperdiciada, sólo en la Séptima
baja un poco la noche, se deleita
en el negro y reluciente asfalto. A esas horas,
se vuelve el doble de ancha y cruzarla
es como atravesar el río Estigia
sin que Caronte acepte
tarjeta de crédito.

Llegan los locos a Penn Station
como polillas nocturnas
aferradas a la luz. Recorren
las salas de espera vacías
como si algún tren
fuera a llevarlos de vuelta
a la niñez. Afuera, sobre
las rejillas de la banqueta,
duermen los homeless.
Las bocanadas de aire tibio
que se levantan con olor a piel
hinchán sus ropas y las izan
como banderas, son ángeles
de alas negras y ese aire
les da cuerpo a sus cuerpos
les enajena la piel y se vuelven
densos como estatuas
pero huecos como huesos
de pájaro. Marilyn Monroe
está muy lejos de aquí. El amor,
muchos lo han dicho, es hambre,
es rubor de calles y edificios
que, con la paciencia del insomne,
recorro, y distingo algo así
como el amanecer atravesado,
espinado de vidrio,
donde el sol se multiplica y aletea
o se desgrana en cada vidrio
como una granada ardiente.

Me han amenazado con seis meses de invierno
y ni siquiera me gustaba esa fruta.
Pero no importa, ahora

estoy en casa, aquí, especialmente
de noche y ni siquiera
el ritual de la luz
ha engañado mi soledad.

Me detengo
en cada bocacalle
he aprendido a obedecer
al hombrecillo verde o rojo
que me indica la tristísima dialéctica
del bien y el mal.
He aprendido a meter mis manos
en los bolsillos
como si buscara algo en ellos,
como si detrás de todo esto
se escondiera la vida ya vivida.
Buscaré mi vida en la vida de los otros,
recubriré las esquinas de memorias ajenas,
las avenidas tensas
como hilos para colgar la ropa
donde mi madre en mi país
cantaba
y extendíamos las sábanas
y el sábado y las horas a secar.





Los Bárbaros 8 (Escoger) fue publicado en Nueva York en el otoño de 2016.
Fue editado por Ulises Gonzales.

LOS BÁRBAROS

NUEVA YORK Nº 8

MI FANTASMA EN SAINT MARK 'S PLACE

Jazmina Barrera

ALGO QUEDARÁ

Teodelina Basavilbaso

MALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Patricio Lertzundi

OXIDENTE

Ethel Barja

EN LA MENTE DE CHARLIE

Rojo Robles

PASS

Gabriela Constantin-Dureci



MI FANTASMA EN SAINT MARK'S PLACE

Jazmina Barrera



Para las cuatro

No recuerdo cuántas fotografías eran, creo que tres. Estaban en una exposición del Whitney Museum, que mostraba las mejores obras de su colección para inaugurar el nuevo edificio en Chelsea, junto al East River. Era octubre, el mes de los árboles en llamas, del otoño, en Nueva York.

Irme de México, después de veintiséis años de vivir ahí, me transformó de formas que no había previsto. En la Ciudad de México era amiga, hija, socia, sobrina, dueña, amante, compañera, ex novia y vecina. Cuando me fui, sin darme cuenta, dejé todo esto atrás, o no atrás, más bien al sur, muy al sur. Todas las personas y los objetos que quería o tenía o me tenían, desaparecieron y a duras penas seguía siendo yo, un yo escuálido. Y me gustó, y decidí experimentar por un tiempo ser eso: menos. Cada vez menos.

Los primeros meses no hice amigos en la universidad. Al terminar las clases salía corriendo hacia mi casa para evitar las pláticas en los pasillos y las invitaciones. Subía los cinco pisos de mi edificio y me encerraba en el departamento, a veces días enteros, sin

hablar con nadie. Por las mañanas hacía yoga y escribía, y pasaba las tardes leyendo.

Digamos tres, fotografías de un fantasma. El espectro de una mujer parcial o completamente desnuda: las clavículas huesudas, el vientre plano, frente a un espejo, sosteniendo entre sus manos una cámara pequeña, traslúcida como ella.

*

A veces hablaba en voz alta por miedo a perder la voz si no la ejercitaba.

*

Todas las fotografías están tomadas en el mismo lugar: frente a un librero, junto a una ventana de vitral en forma de rombos.

*

Me acompañaba en el departamento el fantasma de mi amiga Marie. Varios años antes de mi mudanza, Marie vivió y estudió en ese diminuto espacio, donde apenas cupieron todos los objetos que acumuló durante los cuatro años que pasó ahí: platos, muebles, libros y un clóset a reventar que nunca me atreví a abrir. Dejó el departamento intacto, lleno de marcas de su personalidad, de sus gustos y su vida, y lo comenzó a subarrendar. Cuando llegué, el departamento entero era Marie y era su ausencia. En cambio, cuando yo me vaya de aquí, pensaba, no va a quedar huella de mi vida en estos años, ni un libro, ni una taza, ni un adorno. El verdadero fantasma era yo.

*

A veces el fondo de las fotografías es tan negro que no se alcanza a distinguir dónde comienza el cabello, también negro, de la mujer desnuda.

*

El departamento estaba en Saint Mark's Place, en la cuadra más ruidosa, llena de estudios de tatuajes, restaurantes coreanos y japoneses, estudios de yoga y supermercados. En una sola cuadra podía encontrar todo lo que necesitaba para sobrevivir. Salvo los pocos días a la semana que iba a la universidad, a tres cuadras de mi edificio, casi nunca abandonaba ese tramo entre la tercera avenida y la segunda.

*

El gesto del rostro en las fotografías es siempre indefinido, casi triste pero más bien indiferente.

*

La calle nunca estaba vacía. Muy temprano en la mañana llegaban los camiones repartidores y luego la gente buscando un lugar para almorzar. Por las tardes comenzaban a reunirse los jóvenes que en las noches entraban a los bares y karaokes y salían borrachos en la madrugada a seguir hablando y a besarse y gritarse en las banquetas. A la saturación de las colas de gente frente a los restaurantes, los tambos de basura y los vagabundos recostados en las banquetas, se sumaban las vitrinas de las tiendas, de objetos africanos, sombreros, mascadas y pipas de agua; o de vaudeville, como Search and Destroy, repleta de muñecos tétricos, chamarras de cuero y zapatos de plataforma.

*

Nunca estaba sola en Saint Mark's place y estaba más sola que nunca.

*

Adrian Piper terminó los cursos en su universidad el año de 1971, entre ellos uno sobre Kant, para el cual tenía que escribir un ensayo final sobre la "Crítica de la Razón Pura". Durante el verano, Adrian se encerró en su departamento, en Nueva York, a leer la "Crítica", hacer yoga y ayunar. No se encontraba con otras personas y sólo salía para comprar víveres. Soñaba con el libro, pensaba todo el tiempo en las palabras de Kant. Cuando sus amigos la llamaban se ponía a «balbucear acerca del tiempo, el espacio, y la trascendencia». Creyó estar enloqueciendo. Comenzó a sentir que desaparecía y para asegurarse de su existencia física, cada tanto iba al espejo. La dieta de dos meses de agua y jugo la estaba desapareciendo de verdad. Pero seguía allí, y para comprobarlo, para recordarlo, se fotografiaba desnuda frente al espejo y grababa su voz leyendo pasajes de Kant.

*

Cuando dejé México no sabía cocinar, llevaba dos años comiendo todos los días en restaurantes y fondas. En Nueva York es económicamente imposible comer fuera a diario, y como no sabía preparar ni los platillos más simples, comía verduras cocidas y arroz. Durante mis primeros meses en Nueva York adelgacé cinco kilos.

*

La serie de fotografías de Adrian Piper se llama "Food for The Spirit".

*

Me daba miedo y me gustaba —me daba miedo, quizás, porque me gustaba— la idea de estar en el mundo sin ser. Como un fantasma.

*

En Nueva York podía jugar a ser fantasma. En México era imposible: en todas partes había conocidos listos para interpelarme y recordarme mi existencia. No así en Nueva York. Podía caminar anónima entre la gente por horas, sin miedo a escuchar mi nombre. Era por momentos tristísimo, y en otros, la mayor sensación de libertad que he sentido jamás.

*

Las imágenes de Piper son a la vez una reafirmación de su corporalidad y la negación de ésta: el registro de su lenta evanescencia.

*

Me salvó la aparición —ya no sé de dónde salieron, ni cómo ni cuándo— de cuatro amigas que me llamaban por mi nombre, me tomaban de los hombros, la muñeca, la mano, y me llevaban al karaoke a escuchar mi voz amplificada.

*

Ahora que volví a México extraño a mis amigas, y extraño también mi fantasma, el fantasma que fui algunos meses, en Saint Mark's Place.



ALGO QUEDARÁ

Teodelina Basavilbaso



Viajar al Ártico y conocer los esquimales, navegar un mar cubierto de piratas,
no poder contar las tribus nómades con una mano,
ser invencible y quemar a los enemigos con mi rayo láser,
un susto repentino y espiar debajo de la cama,
que mi cuarto sea un magnífico palacio,
pasar horas con mi amigo invisible y nunca sentirme sola,
atender a escondidas las charlas exclusivas «de grandes»,
escucharlos pelear y miedo a que todo se derrumbe,
levantarme de la cama y oler las tostadas que prepara mamá en la cocina,
que las letras sean jeroglíficos egipcios y
las canciones, melodías para tararear por fonética,
que todo sea potencia: querer ser rumbera, bombera y pistolera,
atrapar arañas y otras empresas de alto riesgo,
hablarle al mar y que el mar te responda
fuerte y claro, en cada ola.

Pero ahora algo se rompió,
me animo a decir que perdí casi todos mis poderes,
los años me esculpieron de incredulidad,
ahora sé que el cuerpo puede ponerse en contra nuestro,
ya no espero finales mágicos,
sé que no soy ni mejor ni peor que los demás.
Sin embargo, el otro día mientras desayunábamos, te dije
«¿Quiénes se amaron tanto como nosotros?».
Te lo preguntaba en serio.



mALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Patricio Lerzundi



Salí de Santiago, Chile, rumbo a Nueva York en un D.C. 6 B. Equipaje: un maletín con papeles, 240 dólares, visa de turista. Idiomas: Chileno, algo de francés, menos de inglés. Gud morning, jau ar yu. Zank yu. Gud bai.

Despedida en el aeropuerto de Cerrillos. Un amigo convertido en agente del DINA y un par de parientes —estos últimos para asegurarse de que iba a salir del país, sin duda—. Salí porque estaba buscando el pájaro azul de la felicidad. Lo único que había visto hasta el momento era un pajarraco negro, un buitre come entrañas refocilándose en su iluso Prometeo. Salí rechazado por todo y por todos.

Llegada al aeropuerto Kennedy de Nueva York. Hace un calor infernal —como que estamos a principios de julio—. Primeras impresiones: negros en cantidades industriales, vehículos nuevos, calor, suciedad, belleza, más calor, grandes edificios, muchedumbre, soledad, indiferencia. Me siento en lo mío; finalmente he llegado al culo del mundo donde anido como una ameba más entre tantas otras.

Llego a un hotelucho en Broadway y la calle 72. Es ya de noche. Gud morning. Ai am stranger. Ai necessity rum plus.

Sure. How long are you staying? You want a room by the week or what?

Exquiús mí?

How long are you staying?

For tumorrou in di morning, plis. Zank yu.

A las 7 de la mañana me levanto. No pude dormir por el calor. Salgo del hotel. Este Broadway no tiene nada que ver con el de la Metro Goldwin Mayer o de la 20th Century Fox como yo creía.

Tengo hambre. Mi reino por un plato de lentejas. Entro en una pizzería:

Uán piza, plis.

Tengo que visitar el Spanish Harlem. Seguro que las casas son al estilo colonial hispano. Gente como Ricardo Montalbán, castañuelas, patios interiores, glorietas, muros blancos, flores. Solamente encontré tarros de basura y drogadictos.

Salí para Estados Unidos pero llegué a Nueva York, ciudad que nada tiene que ver con el resto del país. En 1807, Washington Irving dio el sobrenombre de Gotham a Nueva York, recordando un pueblo inglés cuyos residentes simulaban estar locos para que el rey no construyera un castillo allí. Nueva York, abierta veinticuatro horas al día, siete días a la semana y que lo estará hasta el 30 de febrero del dos mil nunca. Ciudad donde están los mejores restaurantes del mundo y donde se aprende la diferencia entre el apetito y el hambre.

Por 200 dólares un colombiano me vende los papeles necesarios para conseguir mi visa de residente legal. Un puertorriqueño me da trabajo en una gasolinera. Se llama Modesto; Pesa 140 kilos, mide más de dos metros de estatura y es más fuerte que King Kong.

Chico, te doy seis pesos por día, ¿OK? aquí tienes que limpiar la mielda, ¿sabe? aquí nadie calienta huevoh, ¿sabe?

A la hora de almuerzo me da también un sándwich y una cerveza.

Voy a la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia para ofrecer mis servicios periodísticos, para escribir notas culturales de interés general. Me recibe el director, Francisco García Lorca, hermano del malogrado Federico.

«Váyase de vuelta a su país, mi amigo. Aquí el mundo se está cayendo a pedazos. A nadie le interesa la literatura». Me doy cuenta de que he llegado en un momento poco oportuno. Recuerdo el dicho: «No valedo porque me maredo»...

Alguien me presenta a una gringa. Se aburre a los pocos minutos y me aconseja que aprenda inglés. Entro a trabajar en un diner. Por lo menos allí tengo la comida asegurada. Trabajo de noche; el lugar se llena de actores, actrices, prostitutas y prostitutos. Mi inglés va mejorando poco a poco.

También me presentan a Fernando, un hispano que ha vivido diez años en este país y que se las sabe todas. Me invita a tomar una cerveza. Terminamos tomándonos media docena. Tengo hambre pero no me invita a cenar porque el dinero es para gastarlo en alcohol. Me pongo metafísico y se me ocurren ideas luminosas. «Hay que plantar árboles frutales en todos los parques públicos», le digo, «en lugar de pasto y flores, plantar lechugas y tomates. Criar gallinas en lugar de palomas». Termino diciéndole: «Es necesario presentarle este proyecto al alcalde».

«Eres un huevón», me responde. «El ser humano no tiene remedio. Podrá meterse a la naturaleza al bolsillo, pero no su propia naturaleza. El ser humano nació para morir».

A Fernando le encanta escucharse a sí mismo. Apenas tengo tiempo para asegurarle que es un genio y que perdone mi torpeza, pero ensimismado, no me hace caso y continúa. «Mentira que el ser humano es perfecto. Es para morir de la risa pensar que nació bueno. El hombre es el eslabón perdido de sí mismo... Y tú, tomates y lechugas, ¡todo lo que puedes decir es que hay que plantar tomates y lechugas!».

He llegado a m Alicia, el país de las maravillas.



OXIDENTE

Ethel Barja



mi tacto geográfico es inexacto
incertidumbre en las piezas
welcome to John F Kennedy
international airport
la reina verdosa y agitada
en el tablero carcomido
alfiles desorientados
un viaje coloca gasas
sobre otro viaje
(ein Sprung ins Leere)
como cuando huyo
como cuando canto
los deleites chispeantes
de un animal en la avenida
que aúlla insistentemente
vísceras al viento
el fétido bostezo de los camiones
una cajetilla solitaria que sueña

el humo de mis pulmones
sobre mi cost(r)a
un viaje coloca gasas
se equivoca de membrana, sí
la benigna, la maligna, la benigna
es solo una cacería de sabores
mi lengua ensaya la rugosidad
la temperatura
para mi piel sonora
y el olor a pescado crece
sí, claro, en español, crece
(un salto al vacío)
un viaje coloca gasas aquí
en la colisión
en los círculos concéntricos
atravieso la calle salada y condimentada
a velocidad constante
velocidad aerosol
que supura en los muros
mientras Little Fingers abre las aguas
y divide la salsa roja
con la que unguimos los huesitos
manjar broster del jirón Lampa
y se desprenden todas las gasas
entreabiertas las sombras púrpuras
en platos de cartón
y no se puede, ¡no!
entrar dos veces en la misma salsa
se atropellan las mandíbulas
los tejidos en despunte
y el zumbido no cesa
en la cuerda sincopada
el paso entre la bruma

voces entre velos picantes
pies absolutos y vacilación
pasajes desvelados y vacilación
un viaje no sabe de gasas
ni de amantes en salsa roja
ni de las propiedades nutritivas
de los huesitos al paso
solo del cambio de moneda
solo del contrabando
de las horas en sumas y restas
etc.



JIMI EN LA MENTE DE CHARLIE

Rojo Robles



En el Dick Cavett Show, Jimi vistió un kimono azul con flores y una correa de tela roja. Dick Cavett trató de hacer varios chistes a su costa: que si se vestía así en el ejército, que esa noche él había pensado vestirse de geisha pero al final se decidió por la corbata y el traje; pamplinas, caca de presentador. Jimi sonrió incómodo. Se le notaba que no le hacían gracia los comentarios de Cavett, quien tenía que hacer malabares para mantener la entrevista entretenida. En ese programa, Jimi tocó un blues. La canción iba de abandonar la ciudad y montarse en un tren para luego regresar a la misma ciudad en el mismo tren y conquistar a una mujer difícil. Jimi estaba tranquilo, hacía unos trucos leves en la guitarra y tocaba con los dientes durante el solo. Cavett había creado una expectación en la audiencia basada en los visuales del concierto de Monterey donde Jimi quemó su guitarra y fornicó bien duro al amplificador. Jimi no hizo caso a la petición de exhibicionismo. Se mostró sereno pero cansado.

Todo esto lo sabía Charlie porque vio el video de la entrevista treinta y cuatro veces en Youtube. Con sus once años, Charlie sabía más de Jimi que cualquiera. Niño blanco y pecoso, de pelo largo rubio, con pinta de surfer —o de un Kurt Cobain pequeño—, Charlie gastaba su tiempo libre viendo conciertos en donde

Jimi habitualmente hacía un movimiento desde el cuello del instrumento hacia abajo como si estuviera recargando una escopeta.

En otro segmento del Dick Cavett Show filmado meses después, Jimi tocó con The Experience, en la encarnación que tenía a Mitch Mitchell y a Billy Cox en el bajo. Woodstock había sucedido días antes. “Machine Gun” fue el tema escogido, una canción anti-bélica dedicada al draggin scene de los soldados en Vietnam.

MACHINE GUN TEARING MY BODY ALL APART MACHINE GUN TEARING MY BODY ALL APART EVIL MAN MAKE ME KILL YA EVIL MAN MAKE YOU KILL ME EVIL MAN MAKE ME KILL YOU EVEN THOUGH WE'RE ONLY FAMILIES APART.

Charlie tenía dibujadas varias metralletas en su mochila. A su maestra le asustaba tal despliegue armamentista y preguntó un día el porqué de esos dibujos violentos.

—Me recuerdan una canción, dijo Charlie.
—¿Cuál?
—“Machine Gun”.

—Quién carajo cantará “Machine Gun” —pensó la maestra que no reconocía el título, aunque no es de extrañar ya que ella le prestaba oído casi exclusivamente a los discos antológicos de Putumayo World Music. La maestra abandonó el tema de las ametralladoras y elaboró acerca de los animales de la pradera, tema que los niños favorecían.

Hay otras canciones de Jimi que le encantaban a Charlie, por ejemplo, “Manic Depression”. Charlie se sabía la letra y le hacía espectáculos con un palo de escoba a Lily, su hermanita de cinco años. Lily aplaudía y reía con todas las energías que su pequeña existencia le permitía. Fan decidida de Charlie, y de Jimi en consecuencia, a la niña le encantaba bailar con el solo de batería perenne de Mitchell; corazón a punto de estallar. Charlie quería aprender a tocar guitarra, por supuesto, pero a

su padre Steve, que llegaba a las 6:30 PM luego de trabajar como Art Manager de una agencia de publicidad, le preocupaba el ruido que su hijo podría hacer y cómo irritaría a los vecinos de su calle en Cobble Hill, Brooklyn. Ni hablar de su madre Stacey, que llegaba quejándose de jaqueca todas las noches luego de trabajar en el Whitney Museum. No habría guitarra por buen rato.

La escuela internacional a la que iba Charlie no era tan variada racialmente como su nombre nos podría sugerir. Por ejemplo, en sexto grado, de entre setenta y cuatro estudiantes había solamente tres niños negros: Jamal, Wade y Ricardo. Estos tres muchachos eran los mejores amigos de Charlie. El cuarteto andaba de arriba a abajo hablando de patinetas, y en el tiempo libre, jugando baloncesto en un torneo imaginario dos contra dos entre los Lakers y los Knicks. En las clases, los chicos se mantenían silenciosos, pegados a las libretas dibujando a Afrokan, un personaje que se inventaron entre skater y samurái. Las notas que obtenían no eran las mejores salvo en la clase de arte donde Afrokan brillaba en todo su esplendor. El maestro disfrutaba con las aventuras del samurái y la capacidad de los muchachos de incluirlo en todo proyecto imaginable. Viendo un día los dibujos de Charlie, el maestro le comentó que Afrokan se parecía mucho a Jimi, un guitarrista de los sesenta. Charlie le sonrió y le dijo que ese era Afrokan oyendo “All Along the Watchtower”, después le enseñó un dibujo que tenía guardado de una guitarra Stratocaster.

2.

En el camerino de la ABC, donde Cavett hacía su show, Mitchell se fumaba un moto y Cox bebía directamente de una botella de champaña. Una vez se lo pasaron, Jimi fumó dos caladas y se quejó de la estupidez del presentador.

Jimi se levantó y empezó a vaciar todos los ceniceros del camerino, mientras murmuraba: «Fuck this shit». Una chica de la producción entró al camerino dando gracias y regalos —botellas de whisky y flores—. Jimi le pasó el moto y le preguntó si quería ir con ellos a darse un trago. Ella aceptó.

Charlie no sabía de esto porque en Youtube no había clips de esta escena. Eso sí, había un video para la canción “Foxy Lady” que últimamente él no paraba de ver.

El video mostraba a una pelirroja con un abrigo de piel de zorro caminando sola por la ciudad. Según avanzaba la canción, la pelirroja se daba cuenta de la cámara y trataba de evitarla. Ella está incómoda desde el principio, pero hay un instante de horror en el cual reconoce el peligro del ojo de afuera y con pánico, la sweet little lovmaker, empezaba a huir por techos y escaleras mientras Jimi wants to stand up and scream: I MADE UP MY MIND I'M TIRED OF WASTING ALL MY PRECIOUS TIME YOU GOT TO BE ALL MINE FOXY LADY.

La dama termina en el bosque acorralada entre los árboles.

La pelirroja se parecía a Daniela, la nanny dominicana de Charlie y Lily.

Daniela aparecía cada día a las 2:55 PM frente a la puerta del salón con una patineta y con Lily, a la que recogía en el kínder. A Charlie le latía el corazón más veloz y la alegría de la tarde libre lo colmaba. Daniela era hermosa; las miradas se posaban en ella. Si Jimi la hubiera conocido se hubiera puesto la guitarra entre las piernas y la hubiera empujado con las caderas. Una vez fuera, Daniela llevaba a los niños a comer pizza o helados y luego al Carroll Park para que Charlie corriera skate mientras ella le leía un cuento a Lily o la escuchaba hablar boberías sobre su día. Jamal y Wade llegaban un poco más tarde al parque con sus propias nannies y su patinetas. Jamal, Wade y Charlie se retaban unos a otros, se caían al piso, se raspaban las rodillas, los codos y la frente. Cuando se cansaban de la skate, se sentaban en círculo y Jamal les contaba cosas acerca de Kendrick Lamar a quien su padre, ingeniero de sonido, conocía. Según Jamal, Kendrick es el rey de L.A. Nadie está por encima de él. Su carro convertible tiene un sistema de sonido con luces integradas que se escucha y se ve a una milla a la redonda. Tiene un perro bulldog, Rocky, y una boa llamada Petra. Al perro y a la serpiente los dejan entrar a los clubs con él. A Charlie le hubiera gustado decirle a sus amigos que Jimi es el rey de New York pero esto era difícil de argumentar estando muerto hace tantos años.

Casi todos los días, a eso de las 5:00, Lily empezaba a lloriquear por cualquier cosa y Daniela se los llevaba a casa, no sin antes recordarle a Charlie que estaba sucio como un canguro y que cuando llegara se tenía que duchar. Charlie sabía lo que le esperaba y sonreía como no había sonreído en todo el día.

La ducha es un gran lugar para cantar. “Wind Cries Mary” sonaba angelical, “Highway Chile” era un estruendo, “Rock me Baby” permitía bailar y “Fire” chapotear. Daniela permitía que Charlie gozara con el agua y el canturreo loco, pero sabía que su trabajo era mantener el control. Ella entraba y cerraba la ducha cuando los gritos parecían los de un jabalí muriendo, o cuando el agua empezaba a salir por debajo de la puerta. Luego le ponía la toalla encima al chico y lo secaba de arriba abajo. Charlie se quedaba quieto y se dejaba secar por la muchacha. Nunca le decía que esa era su parte favorita del baño.

Durante su estadía de varios meses en el pueblo de Liberty, New York, Jimi encontraba chicas en la ducha. Por lo general, era la primera vez que las veía. Luego las notaba rondando los pasillos, abriendo la nevera o dormitando en el balcón. No sabía sus nombres o a qué venía la visita fuera del sexo. Era un misterio cómo entraban a la casa: a algunas las traía él o sus panas de la ciudad, pero otras esperaban fumadas y desnudas en la ducha hasta el agraciado momento del baño y se hacían carne sin más; groupies. Jimi veía esto como un estado de gracia absurdo y triste. Nada duraba para siempre y el futuro para ese año del ‘69 no era muy prometedor con la Experience separada y la Band of Gipsys, nueva agrupación con sus black brothers, sin cuajar muy bien. También estaban los droguis, los periodistas, la policía y los hippies obsesivos que hacían peregrinaje a su casa de campo desde cualquier estado. Todo el mundo quería algo de Jimi por esos días, como leyó Charlie en un viejo artículo de la Rolling Stone; un artículo muy extraño que describía a Jimi como un tipo apologético y murmurador. Charlie no entendía por qué decían esas cosas, pero igual lo leyó completo.

3.

Halloween llegaba cada año y la emoción sin par se repetía en los niños que pedían dulces, los jóvenes que bailaban y se emborrachaban y todo aquel que se dejaba llevar por el placer del disfraz. La escuela de Charlie dejaba que los niños se disfrazaran. Los programas de arte y teatro aprovechaban la fecha para hacer exposiciones y obras pequeñas. Daniela ayudó a Charlie con su disfraz. Fueron a varias tiendas de segunda mano. Compraron unos pantalones bell bottom y una blusa gitana púrpura con las mangas anchas. La peluca afro la compraron en una tienda

de disfraces. Daniela le dibujó un bigotito con eyeliner y le puso una bandana. Lily se disfrazó de princesa, Jamal de Kendrick Lamar, Wade y Ricardo fueron de los jugadores de la NBA, Kobe Bryant y Carmelo Anthony; otros niños de Spiderman. Nadie sabía de qué se trataba el disfraz de Charlie. Algunos pensaron que iba de vaquero. Otros de pirata o de mujer con bigote. El que más acertó fue el maestro de arte que lo llamó hippie. Charlie estuvo silencioso y apático toda la mañana. ¿Por qué nadie entendió su disfraz si estaba tan claro? Qué ciegos. A mediodía ya quedaba poco de los disfraces originales. Todo el mundo intercambió accesorios. Charlie le prestó su peluca afro a Wade y entendió todo. Él no se parecía a Jimi en lo absoluto. No había de otra, tendría que aceptar ser un pirata por el resto del día.

A las 3:00 PM llegó Daniela. Tenía el pelo recogido, maquillaje marcado, un traje de campana amarillo, abrigo de pana violeta y unas botas vaqueras hasta las rodillas: Twiggy. Charlie le contó ansioso que nadie adivinó de qué iba disfrazado.

—La gente se olvidó del Rock, mi niño —dijo Daniela—. Vamos a pedir dulces al Village.

Los hermanos celebraron. Steve y Stacey trabajaban en la ciudad pero rara vez traían a los niños a Manhattan. Los fines de semana preferían quedarse en el barrio o ir a los restaurantes de Park Slope. Charlie y Lily se morían por estar en el tumulto. En Manhattan estaban las sensaciones fuertes y la confusión deliciosa.

—En el Village está Electric Lady —dijo Charlie.

—¿El qué?

—El estudio de Jimi, ¿podemos ir?

—Hoy no, otro día.

Cogieron el tren F Manhattan bound hasta W4. El Village estaba alegre con los estudiantes de NYU bebiendo jarras de cerveza a precio de happy hour y los skaters trepando paredes. Los bares y tiendas de disco blasteaban música; mucha conversación, disfraces sexys y cuero. Enfermeras diabólicas y monstruos rondaban las calles. A esa hora había bastantes niños —todos con sus nannies internacionales—

recolectando. El botín era excelente, mucho chocolate caro. Andar con la guapa Daniela ayudaba. En la calle los celebraban por el atuendo hippie. Aunque Lily iba de princesa, envuelta en su embeleco parecía sacada de Woodstock. El Village vibraba y los sudores se podían oler en cualquier rincón. La recolecta acabó de manera extraña cuando Daniela llamó al tercer piso de un apartamento en Bleecker. La puerta se abrió y subieron a oscuras. Abrió un muchacho flaco sin camisa con pelo revolcado y pantalones skinny. Se llamaba Diego y trató a los niños como perritos. A Charlie no le pareció simpático el muchacho y se sintió de repente como Jimi en el Dick Cavett Show: sin ganas de hablar, farfullador. Daniela dejó a los niños en la sala viendo televisión y se encerró con Diego en el cuarto por cuarenta y cinco minutos. Al salir, Lily dormía en el sofá, la tele estaba apagada y Charlie miraba la calle por la ventana.

—¿Nos vamos?

—Sí.

4.

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,386 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,387 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,388 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,389 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,390 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,391 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,392 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,393 views

You Tube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,394 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,395 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,396 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,397 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,398 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,399 views

YouTube Jimi Hendrix on The Dick Cavett Show- July 7 1969
(Full) 28,400 views

Charlie desapareció un sábado dos semanas después de Halloween. El chico había pedido permiso al mediodía para correr patineta en Carroll Park. Stacey le dio un límite de dos horas. Más tarde toda la familia iría al Ikea de Red Hook. Charlie no regresó a la casa. El primer lamento fue el no haberle comprado todavía su primer smart phone. Ya se habrían comunicado, o al menos sabrían dónde estaba por la señal de GPS. Llamaron a los padres de Jamal, de Wade, de Ricardo y de varios otros

compañeros de la escuela. Llamaron a la Head Teacher. Llamaron a Daniela. Los muchachos estaban en práctica de baloncesto, así que con ellos no había corrido skate. Daniela estaba en el Bronx visitando a unos tíos. La maestra estaba en su casa. Nadie sabía nada. No lo habían visto. La noche llegó y la desesperación creció. Lily lloraba, Steve daba vueltas por el barrio tratando de localizarlo y Stacey llamaba a gente sin parar. Se comunicaron con la policía. La regla de las veinticuatro horas no aplica a los niños. Se avisó por la radio y las patrullas comenzaron sus rondas. Llamaron a los hospitales de Brooklyn. No había ningún paciente recién ingresado que se pareciera al niño rubio. La información de Charlie entró al Missing Persons Database y al National Crime Information Center. La noche pasó. Nadie durmió.

Al otro día, un detective de la policía habló con Steve y Stacey. Preguntó de todo, el nombre de la escuela, de los amigos, de la nanny, dónde dormía, su comida favorita, si se llevaba bien con la hermanita, si sacaba buenas notas, si alguna vez había peleado con otros niños del barrio o con compañeros de la escuela, si hacía deportes, si era un buen skater, si sabían de otros parques o plazas donde le gustaba correr, si el muchacho visitaba Manhattan con regularidad, si tenía primos, tíos, abuelos en la ciudad, si escuchaba música metal o punk, si escuchaba hip hop, si era virgen, si tenía novia, si se encerraba en el baño para masturbarse, si hacía drogas, si tomaba alcohol, si iba al cine solo, si iba a conciertos solo, si estaba en una ganga, y si era así, de qué, negros o latinos.

Las preguntas aturdieron rápido a Steve y comenzó a llorar. Le dieron unos tranquilizantes. Lo acostaron. Stacey guardó la compostura pero sentía como si los estuvieran mirando con una lupa y juzgando como padres. Algunas preguntas eran fáciles: dormía en el segundo cuarto a la derecha, le gustan la pizza y los hamburgers, los abuelos vivían en North Carolina, pero el resto de los cuestionamientos parecían extraños para un niño de once años. Quería decir que el chico era virgen, que no escuchaba metal, que ni una gota de alcohol, jamás, pero la verdad era que no estaba segura, pensó en los amigos de sus hijos, esos chicos afroamericanos nunca le habían parecido una ganga pero era posible que lo fueran... Ricardo es un nombre latino, ¿no?, ¿y si vendían drogas? Se podrían mover en patineta y en el subway por todos lados. Era una locura pensar en eso pero el detective la puso a dudar. Había perdido de vista a Charlie y ahora lo estaba pagando.

Le preguntaron detalles a Lily pero como es característico con los niños de esa edad, nada hacía mucho sentido. La memoria de la niña era un remolino.

Entraron al cuarto pero fuera de ropa y zapatos tirados, los libros de la escuela y unos LEGOS de Star Wars, no había nada que indicara aspectos de su personalidad. El cuarto no tenía ninguna decoración salvo una foto de un skater llamado Johnny Layton.

Llamaron a Daniela. Ella sabía la respuesta a todas las preguntas que Stacey no supo contestar. Aunque esto causó cierta fricción con la madre, quien le preguntó a la joven si ella les guardaba secretos a sus hijos, también sintió tranquilidad de que Charlie no estuviera en malos pasos. El detective decidió buscar huellas en el Internet, quizás Charlie le dejó saber adónde iba a algún amigo en Facebook. Vieron la historia dejada en el desktop el viernes y el sábado. Charlie no tenía Facebook pero YouTube figuraba en la lista del viernes varias veces: Jimi tocando en Escandinavia y en el Dick Cavett Show. Daniela le dijo al detective que Jimi es el artista favorito de Charlie. En la lista de sites visitados seguía un Tumblr de fotos de skaters y luego varios sites sexuales de bondage —búsquedas de Steve—.

El sábado la historia enseñaba emails, el New York Times, el catálogo de Ikea y en Google Maps la dirección, 52, West 8th Street, New York, New York: Electric Lady Studios. Daniela recordó que el día de Halloween Charlie le pidió pasar por allí y ella se negó. Se sintió culpable.

El detective buscó información: En 1968, Jimi y su manager Michael Jeffery, invirtieron en la compra del Generation Club en el Greenwich Village. Los planes de reabrir el club fueron abandonados cuando la mafia local impuso pagos de manera violenta. Como el último álbum de Jimi, "Electric Ladyland", había resultado tan costoso, el par decidió convertir el local de fiesta en un estudio de grabación especializado con la idea de crear un hogar musical para el guitarrista.

El estudio tenía ventanas circulares y una máquina capaz de generar luces que se ajustaban a cualquier estado de ánimo. Con una atmósfera relajada, el estudio

proveía un espacio creativo para que Jimi trabajara y puliera sus canciones. La fiesta de apertura se celebró en agosto 26 del 1970.

Antes de abordar un vuelo a Londres para tocar en el festival Isle of Wight, Jimi hizo su última grabación de estudio: una canción instrumental conocida solamente como "Slow Blues".

El detective envió patrullas al Village y salió para allá junto a Stacey. Daniela se montó en el tren F con la misma dirección.

West 8th en domingo no tenía nada fuera de lo común; muchos estudiantes asiáticos, quizás. Llegaron a la dirección indicada, el # 52. El estudio parecía pequeño desde afuera con una modesta vitrina de cristal: el nombre Electric Lady Studios en un font espacial. Stacey pensó ingenuamente que encontrarían a Charlie frente a la puerta. Nada que ver. Entraron. El estudio fue remodelado en 2011. Todo lucía nuevo y lujoso: los muebles, los instrumentos, la consola gigante, el piano, la recepcionista. Aproximadamente cuarenta años de rock habían transcurrido adentro pero no parecía así. Jimi murió a los veintisiete, cuando todo en su santuario estaba salido del empaque. Extrañamente, todo seguía nuevo en Electric Lady.

Nadie vio a un niño de pelo largo entrar.

Daniela prefirió buscarlo por el Village. Ya Electric Lady estaba cubierto por el policía y Stacey. Las calles olían a pizza de chorizo y a sandwich de Falafel. Daniela caminó rápido. Pasó por el cine donde presentaban una película de Hitchcock. Daniela entró a los sex shops-smoke shop: dildos, capsulas de erección, bolas de pasión, papel de rolar, bongas, paletas para azotar culos; Charlie no estaba. La gente sacaba dinero de los bancos, se hacían las uñas, compraban revistas Playboy, entraban a la yoga, comían hot dogs, papitas mongas y bebían vino a la 1 de la tarde. A Daniela le dolía la cabeza; punzadas en el cráneo. Entró a una tienda de sombreros, entró a una tienda de abrigos militares, entró a una tienda de vinilos, entró a una tienda dedicada exclusivamente a vender tableros de ajedrez. Aquel día de Halloween, Charlie le contó que cada vez que Eric estaba en la ciudad, Jimi

se movía con él por los coffee shops del Village, bebían y tocaban con cualquiera; Noches felices. ¿Por qué Charlie sabía tanto de Jimi? ¿No se supone que le guste alguien más cercano a su edad? ¿Qué le pasa a ese niño? Alma vieja. ¿Por qué no se dio cuenta que el chamaco iba a desaparecer? Daniela llamó a Diego y le contó que perdió al niño. Tenía que estar por el barrio pero no sabía dónde. Diego la invitó a subir y a relajarse, no iba a lograr nada corriendo histérica. Ella no quiso y colgó. Daniela pasó por las canchas de handball. La bola azul rebotaba, rebotaba, rebotaba. La siguió un rato con los ojos. Hacía frío pero los hombres jugaban sin camisa. Daniela recordó que hacía unos años el Village estuvo a oscuras por una semana. Un huracán inundó las calles y dejó el downtown sin electricidad. Charlie parecía estar en esa oscuridad todavía. ¿Por qué no lo vemos, dónde se metió? Jimi no estaba por allí. No había nada que buscar. ¿Qué hacía el pecoso, qué quería encontrar? Sushi en especial. Libros de Dylan en especial. Bufandas en especial. Spaguetti a la boloñesa a sobreprecio. Luego de millones de vueltas, Daniela se sentó en un banco de Washington Square Park. La edad de los skaters rondaba entre los quince y los veintisiete años. El pequeño rubio no estaba en las inmediaciones. Eran las 4 y media de la tarde. Lloró. Se hacía de noche.

Steve la llamó a las 5:23. Charlie llegó a la casa. Estaba bien. Daniela respiró. Quiso saber detalles pero Steve le colgó.

Unos días después, Charlie se puso de nuevo su bandana de Halloween y presentó en la escuela este informe oral:

«Jimi nació en 1942 en Seattle, Washington. Fue paracaidista y guitarrista. Jimi tocó con muchos grupos antes de formar el más famoso: The Experience. Él componía las canciones y cantaba. A veces tocaba con los dientes o se ponía la guitarra eléctrica en la espalda. Él podía convertir su guitarra en una ametralladora y hacer sonidos de carros y bombas. En algunos conciertos quemaba la guitarra pero no en todos porque las guitarras son caras. Cuando salía en televisión se ponía un kimono azul y hablaba bajito. Se sentía triste pero siempre lo hacía bien. Su estudio de grabación se llama Electric Lady y todavía existe. Es el mejor estudio de New York. Yo traté de verlo pero no me dejaron entrar. Me dijeron que soy muy joven.

No tenía dinero para el tren y caminé. Una señora bonita me dejó dormir en su apartamento y al otro día me llevó a casa. Cuando sea grande voy a grabar canciones en Electric Lady. Tengo que aprender a tocar guitarra primero. Ya yo sé cantar, es fácil. Jimi vivió hasta 1970. Murió en Londres. Se tomó unas pastillas venenosas. Gracias a él la gente empezó a tocar guitarra mejor».

Jimi paseó fuera de su mente un rato.

Isabella, la niña que le siguió con los reportes habló de Curious Jane, un campamento de verano para niñas en el que hacen experimentos científicos. Charlie no la escuchó. Se puso a dibujar una guitarra que a la vez era una nave espacial.



CITY PASS

Gabriela Constantin-Dureci



PERSONAJES:

HOMBRE 1

HOMBRE 2

PASAJERO

PERSONA NON GRATA

VARIOS PASAJEROS SENTADOS

En un vagón de un metro que va de Brooklyn a Manhattan, HOMBRE 1 y HOMBRE 2 hablan sobre PERSONA NON GRATA, que está caminando de un lado para otro recitando un discurso que ha ensayado ya mil veces.

HOMBRE 1: Ya no aguanto.

HOMBRE 2: Tienes que aguantar. Nos queda poco.

HOMBRE 1: No sé... Llevamos demasiado con lo mismo. Además, no es la primera vez que me pasa. Yo he visto esto antes.

HOMBRE 2: No hay remedio. Tenemos que aguantarlo.

HOMBRE 1: Tiene que haber alguna forma de pararlo.

HOMBRE 2: Creo que eres el único al que le molesta.

HOMBRE 1: ¿A ti no te molesta?

HOMBRE 2: No mucho; no se le entiende muy bien.

HOMBRE 1: Yo creo que lo mejor sería eliminarlo.

HOMBRE 2: ¿Eliminarlo?

HOMBRE 1: Sí. Esperar que el metro se ponga en marcha, abrir las puertas y empujarlo.

HOMBRE 2: ¿Estás hablando en serio?

HOMBRE 1: Sí.

HOMBRE 2: Entiendo que te moleste, pero ¿de verdad es para tanto?

HOMBRE 1: ¿Has cogido antes este metro?

HOMBRE 2: No, es la primera vez.

HOMBRE 1: Yo, sí. Este es el metro que cojo para ir a trabajar y para volver y para salir de Brooklyn y luego para regresar. Y él siempre está aquí.

HOMBRE 2: ¿Y siempre hace lo mismo?

HOMBRE 1: Siempre.

HOMBRE 2: ¿Nunca le dicen nada?

HOMBRE 1: Nunca.

HOMBRE 2: Lo siento.

HOMBRE 1: Por eso hay que deshacernos de él.

HOMBRE 2: ¿Lo eliminamos porque lo que dice está mal o porque lo que dice nos molesta?

HOMBRE 1: ¿Cuál es la diferencia?

HOMBRE 2: Lo primero es justicia; lo otro, venganza.

HOMBRE 1: Para eliminarlo, mejor la venganza, que nos motiva más. Pero si tenemos que defendernos, la justicia. Así decimos que lo matamos en nombre de la justicia y nos libramos. Será un crimen moral.

HOMBRE 2: ¿Tú crees que nos cojan?

HOMBRE 1: No sé.

HOMBRE 2: Hay demasiada gente aquí.

HOMBRE 1: Puede que no se den cuenta entonces.

HOMBRE 2: Imposible. Habrá más testigos aún.

PERSONA NON GRATA empieza a distribuir folletos. Invariablemente, sin levantar la mirada, todos los pasajeros cogen los folletos.

HOMBRE 1: Todos están cogiendo sus folletos. ¡No me lo creo!

HOMBRE 1 se levanta de prisa y se dirige a uno de los pasajeros que está

visiblemente concentrándose en otra actividad, escuchando música a la vez.

HOMBRE 1: ¿Por qué ha cogido usted ese folleto? ¿Le interesa?

PASAJERO (sin sacarse los cascos): No me gusta dejar a nadie con la mano tendida.

HOMBRE 1: Entonces, ¿no sabe de qué ha hablado?

PASAJERO: No.

(HOMBRE 1 vuelve a su sitio)

HOMBRE 1: Nadie le hace caso. (Entendiendo por fin una realidad que siempre había estado presente.) Nadie se molesta porque nadie le hace caso.

HOMBRE 2: Ya te lo dije. Eres el único que se ha molestado.

HOMBRE 1: No creo que nos ayuden entonces.

HOMBRE 2: ¿Querías que nos ayudaran?

HOMBRE 1: Para deshacernos de él, no.

HOMBRE 2: ¿Entonces?

HOMBRE 1: Eliminarlo... eso lo puedo hacer solo. Pero, si me cogen... necesito que alguien me defienda. Necesito testigos que prueben mi inocencia.

HOMBRE 2: ¿Tú crees que te ayudarían?

HOMBRE 1: No lo sé.

(Pausa. Los dos contemplativos, mirando a la PERSONA NON GRATA que sigue distribuyendo folletos.)

HOMBRE 1: ¡Qué triste! Pobre hombre, que nadie le haga caso.

HOMBRE 2: ¿Ahora te da pena?

HOMBRE 1: No, pero es triste. Con lo que se empeña el pobre en fastidiarnos el viaje. La gente debería por lo menos tener la decencia de molestarse, de insultarle, de enviarle a la mierda.

HOMBRE 2: Me parece que tú eres el único que hace eso.

HOMBRE 1: Es lo que se merece el pobre hombre.





Los Bárbaros 9 (Cine y Nueva York) fue publicado en la primavera de 2017 en Nueva York. Fue editado por Álvaro Baquero-Pecino y Ulises Gonzales. Fue republicado por Punto de Vista Editores (España) y presentado en la FIL Madrid 2018 y en la FIL Guadalajara 2018.

LOS BÁRBAROS

NUEVA YORK Nº 9

CINEFILIA Y NEUROSIS

Yehudit Mam

EL OLOR DE LAS PELÍCULAS

Julián Troksberg

NUEVA YORK Y EL CINE

María Lebedev

LA CIUDAD CINEMATográfica

Joaquín Blanes

PEQUEÑO VALS (INSTALACIÓN PARA SER PROYECTADA
DE FORMA SIMULTÁNEA EN CINCO SALAS DE LA CIUDAD.)

Salva G. Barranco

EL SÉPTIMO ARTE

Carlos Villacorta González



CINEFILIA Y NEUROSIS

Yehudit Mam



Vengo de una familia cinéfila. El amor al cine corre por mis venas. Crecí oyendo hablar de Fellini, Bergman, Hitchcock y Kurosawa. Desde pequeña me llevaban a ver películas de Walt Disney y Cantinflas, y si no me podían llevar porque no eran aptas para niños, mi mamá me contaba la experiencia a su regreso. Me hacía un resumen escueto sin arruinar la trama y daba su veredicto: "maravillosa", "estupenda", "un churro", o "un bodrio". Sus amores y odios eran apasionados. Amaba a Truffaut y detestaba a Godard. Era tan intensa que ahora sospecho que mi adicción por el cine se debe a sus reseñas. Crecí queriendo crecer para poder ver las películas que la habían estremecido, y, más adelante, las que ella había despreciado para hacerme mi propio criterio. Creo que alcancé la madurez cuando discutimos por *Sexo, mentiras y video*. A ella no le gustó; a mí, sí y mucho.

En mi adolescencia, por los años setentas, ir al cine en la Ciudad de México era una desventura. No había respeto por las condiciones de exhibición. A veces el "cácaro" proyectaba los rollos en desorden, empezando por el cuatro y acabando con el dos. El sonido era pésimo, las copias estaban rayadas, ir al baño estaba prohibido y era impensable que una mujer fuera sola al cine. La censura del gobierno no solo extirpaba las escenas de sexo a machetazos, sino que las cintas llegaban por lo menos con un año

de retraso. Yo hojeaba revistas importadas y suspiraba añorando las grandes películas que nos estábamos perdiendo. *La Naranja Mecánica* de Kubrick tardó ocho años en llegar. Insistí en verla con un chico que me invitó a salir por primera vez. Fue mala idea.

Cuando tenía unos quince años, un amigo y yo fuimos a ver *Annie Hall*, de Woody Allen, que en México se tituló *Dos extraños amantes*. La función estaba llena de hombres solos que abandonaron la sala al percatarse de que no era una cinta sobre perversiones sexuales. Recuerdo una escena en la que Allen y Diane Keaton están parados en la cola de un cine en el Upper West Side y Allen se desespera escuchando al pesado de atrás tratando de impresionar a su chica con una perorata sobre Fellini. Para cuando el tipo menciona a Marshall McLuhan, Allen se harta, saca a McLuhan de detrás de un cartel y pone al pedante en su lugar. La escena culmina con Allen mirando directamente a cámara y diciendo: "si así fuera la vida real". Para mí, ver a los neoyorquinos hablando de cine en la cola era como divisar Shangri-La.

Ahora vivo en Manhattan y tengo media docena de cines cerca de mi departamento. Voy al cine caminando. ¿Quién dijo que los sueños no se hacen realidad?

Quizás por que crecí en un hogar con pasión por el cine, la pregunta del cuestionario de Proust, "¿cuándo y dónde eres más feliz?" en mi caso solo tiene una respuesta: cuando estoy apoltronada en mi butaca en el momento en el que se apagan las luces y los avances están a punto de comenzar. Los avances son como los preliminares del coito: absolutamente indispensables para una experiencia plena y placentera. No me los pierdo por nada.

Es aquí donde quizás mi pasión se convierte en neurosis, porque ir al cine en Nueva York es un estrés. Es esencial llegar con la suficiente antelación. Yo siempre voy corriendo, no importa si salí con tiempo. Ya sé que la película no va a empezar antes, pero ¿y si hay tumultos?

Mi pareja se queja de que siempre llegamos a ver la pantalla apagada, es decir, cuando acaban de barrer las palomitas de la función anterior. Si por mí fuera, llegaría cuando todavía están filmando la cinta para estar más tranquila.

No me gusta ir con más de una persona porque eso implica atenerse a las impuntualidades y excentricidades ajenas: la que siempre llega tarde y tiene que sentarse en la segunda fila porque es miope, el que nunca paga por el boleto que uno le hizo el favor de comprar, etc.

Me rehúso a ver una película empezada, así lleve treinta segundos. Nadie empieza un libro en la página tres. De la misma manera, no me levanto hasta que aparece el último crédito, a menos que esté en un alfabeto extraño. Uno aprende muchas cosas durante los créditos finales: si usaron efectos especiales, quién hizo el catering, si hubo entrenadores de dicción, cómo se llama el perro amaestrado, etc. Es fascinante.

Rara vez me me salgo del cine. Si me salgo es porque mi dignidad y mi inteligencia han sido insultadas. Para que esto no suceda, evito toda franquicia hollywoodense y una que otra película "de arte" (para esto también sirven los avances, para saber qué evitar).

En los cines de pantallas múltiples nadie revisa los boletos a la entrada de cada sala, lo cual permite entrar a ver una película gratis y hacer un programa doble. Lo justifico como karma por el precio exagerado de los boletos y los refrigerios. Ojo: es inmoral hacer esto en funciones de lleno completo y dejar a alguien sin asiento (confieso que lo he hecho y vivo con la culpa hasta la fecha).

Es absolutamente válido aplaudir al final de una gran película. Es como honrar al toro al final de una corrida. La pobre criatura no se entera, pero eso no quiere decir que no se lo merezca.

Siempre preferiré ver películas en pantalla grande; pagando, rodeada de extraños que nos asustamos, reímos, o pretendemos no estar llorando a moco tendido, que verlas gratis y a solas en la pantalla mísera de la televisión, no importa de cuántas pulgadas sea.

Una vez fui al cine con un amante en pleno día. El tipo tenía paranoia de encontrarse a su novia por la calle. Elegimos una película que se llamaba *Infidelidad*.

En la cinta, Diane Lane está casada con Richard Gere y tiene un amorío desenfrenado con Olivier Martinez. Sólo en las películas una mujer sufre el terrible dilema de si acostarse con el guapo de Richard Gere o con el guapo de Olivier Martinez. En la película, Diane y Olivier se resguardan de la lluvia entrando a un cine en la Segunda Avenida, ¡el mismo cine donde estábamos viendo la película! Al ver nuestro cine en el cine, el escaso público asistente aplaudió entusiasmado. Por un momento entramos en una dimensión en donde la realidad y la ficción se besaron a través de una pantalla. Confirmé mis sospechas de toda la vida: ir al cine en Nueva York es algo mágico.



EL OLOR DE LAS PELÍCULAS

Julián Troksberg



Todos los canales de televisión tienen programación de emergencia para emitir. Por si algo se sale de control, si se corta la señal, o incluso por si estalla una guerra nuclear. Se decía que CNN usaría la bandera norteamericana flameando con música de Stevie Wonder. Y que MTV pasaría *Thriller* de Michel Jackson a repetición. En un canal en el que trabajé se discutió mucho cuál debía ser nuestro back up. Al final fue *La novicia rebelde*, copiando lo que había elegido la BBC, porque era una película que subiría la moral de los sobrevivientes.

A pesar de las prohibiciones que me ponían en mi casa, crecí mirando cientos de horas de televisión. No sé si me atontó o no, cómo creía mi mamá, pero seguro le tengo que agradecer a ese Noblex en blanco y negro por poner los cimientos de estuco de mi ecléctica formación cultural. En la que lo telúrico argentino se encontró con lo made in USA. O más bien lo porteño chocó lo neoyorkino. Porque tomando jugo Mocoretá rebajado con agua, y después de una publicidad de champú filmada en las playas ventosas de Punta Mogotes, explotaba el Challenger sobre cielo estadounidense y enseguida podía venir *Desayuno en Tiffany's* o *Érase una vez en América*.

Y entonces, al otro día, durante las cinco cuadras de la calle Cabrera que nos separaban del colegio, caminábamos con mi amigo Mauro por dos ciudades: después del kiosco donde comprar figuritas aparecían fantasías de las torres vidriadas de downtown que habíamos conocido en *Secretaria ejecutiva*, entre otros bodrios que mirábamos con fruición. Y que se repetían en las propagandas de cigarrillos Conway después del final de *VInvasión extraterrestre* y antes del comienzo del *Kenia Sharp Club*, donde una noche podía viajar en *La captura del Pelham 1-2-3* y en la siguiente aterrarme con *El bebé de Rosemary*.

Era un cine que caía por obligación (apenas había 4 canales para elegir, y uno se veía mal) y con un importante desfase temporal. Pero que también daba nuevo aire: ampliaba los límites de la construcción mental y permitía vivir entre Mia Farrow afrontando los miedos de su maternidad con un cuchillo en la mano y el reguero de migas de galletitas Bagley perdiéndose en los pliegues del sillón. Como, años después, podía ser Nino Bravo y Palito Ortega saturados en el parlante del taxi camino a ver *Haz lo correcto* en la inmensa sala del cine Maxi, donde alguna otra noche éramos apenas tres, y uno de los espectadores se fue durante el intervalo y no llegó a ver cómo asesinaban a Malcolm X en una iglesia del Harlem, apenas unas cuadras al norte de donde vivo hoy. Había sentido también ese aire cuando en alguno de los viernes o domingos del cineclub en los altos de la librería Gandhi proyectaron *Taxi Driver* o *Contacto en Francia*, en vez de tanto Godard y tanto Fassbinder y tanto Wenders (ellos mismos también fanáticos de ese cine que pasaba en New York, como se veía en *Alicia en las ciudades*).

Posiblemente la noche más memorable que viví frente a un televisor fue en el living de mi amigo Mauro, cuando en el Hitachi color de 20 pulgadas recién estrenado enganchamos *The Warriors*. Quedé impresionado por la violencia, la tensión, el clima nocturno y el metro que corría debajo de la ciudad. Con Mauro fantaseamos más que nunca con New York. Y yo, sin decirlo, ya no me sentía tan solo al volver a mi suburbio mental. Calculo que la vimos una noche de 1984, 1985. A más tardar el '86, el año del Challenger, de Chernobyl, de los goles antológicos de Maradona en México, durante el que sufrí mi propia explosión: mi amigo Mauro y su familia se fueron a vivir a Australia.

En North Parramata, Mauro se volvió matemático. En Buenos Aires yo terminé programando un canal de televisión. No sé si habrá alguna metáfora en eso. Y si la hay, si será alegre o triste, no lo sé.

Mi experiencia como programador fue más parecida a *Piso de soltero* que a un colorido cuadro de baile de *West Side Story*. Era en un canal de cine clásico y eso, para una señal que se emitía desde Buenos Aires para toda Latinoamérica, quería decir – algo gracioso o trágico, según el humor con que se mire– cine norteamericano.

Había llegado ahí por mi pasión por las películas, en especial las de mi niñez y mi adolescencia; y sin embargo me la pasaba de 9 a.m. y 6:30 p.m. llenando un cuadro de Excel con datos sobre derechos, contratos, fechas de caducidad, ventanas de emisión y otras burocracias que sacaba de una especie de *Matrix* en la que, con algo de entrenamiento, se podían visualizar ideas donde había sucesivas líneas de código en DOS.

Fue una tarde de 2003, después de que presentaran la programación los canales de cocina-y-bricolaje, de ciencias-ocultas-ovnis-y-hechos-paranormales y de pornografía, que frente a una mesa llena de ejecutivos de TV dije que el cine norteamericano no venía de Hollywood sino de New York. Porque Hollywood era apenas el estudio para montar un decorado, y en cambio el cine de New York vibraba en sus calles, sus puentes y sus trenes. Todavía no conocía la ciudad, pero la había vivido a través del cine. Así que hablé de una variedad de películas que mostraban su exuberancia y su olor: olor a óxido, a meo, a basura, a comida halal, o soul food, un olor pútrido y atractivo a la vez. Y que por todo eso, y mucho más, iba a programar todo el mes con cine sobre Nueva York.

Creo que nadie me escuchó.

A los tipos que cobraban comisión por meter publicidad de pañales en los cortes comerciales les daba lo mismo que tuviéramos cine clásico o realitys basura como *Cops*. Ahí me di cuenta que había llegado a mi límite en ese lugar, y que tenía que renunciar. Pero antes de irme me quedaba una cosa más por hacer.

Nunca creí que los pegajosos cantos tiroleses pudieran subir la moral de nadie. Así que antes de mi último día en el canal fui al telepuerto donde una especie de robot leía los Beta Digital y los transformaba en la señal que subía al satélite, con alguna excusa distraje al operador de turno, y cambié los casetes.

Si el mundo como lo conocemos estalla hoy, o un problema así de grave arrasa todo, nos vamos a levantar de los escombros y, cuando logremos sintonizar la televisión, podremos ver un canal de cine clásico emitiendo *The Warriors* una y otra vez. Qué mejor para una situación así que ver cómo un grupo de guerreros logró sobrevivir en New York.



NUEVA YORK Y EL CINE

María Lebedev



N(oah Bambauch)
U(rsula Meier)
E(ric Rohmer)
V(ittorio de Sica)
A(gnès Varda)
Y(asujiro Ozu)
O(rson Welles)
R(obert Bresson)
K(rzysztof Kieslowski)

y el cine.

(N)o puedo disociar esta ciudad de la experiencia cinematográfica. Recuerdo cuando me mudé aquí, hace casi seis años, y descubrí que la línea de metro que correspondía a mi casa (llamarla "casa", en realidad, supone una imprecisión: se trataba de un departamento en el piso número treinta y uno de un casi

rascacielos cuya vista, desde la ventana era —como si el guionista imaginario de mi vida la hubiera puesto ahí a propósito para cumplir, sin rodeos, con todos los lugares comunes de una vez— la Estatua de la Libertad)... aquella línea, decía, me llevaba, sin necesidad de hacer ningún cambio, a las salas de cine del Lincoln Center, del lado oeste de Central Park. Ahora mismo no tengo idea de qué películas habré visto ahí, pero me acuerdo de que era invierno y de que hacía mucho frío y de que era ya tarde cuando por fin salía, tapada de pies a cabeza; iba casi siempre a alguna función de medianoche, sin importarme que lloviera o incluso nevara, y sentía cierto orgullo de esa especie de ritual que consistía en no decirle a nadie adónde iba, subirme a un vagón, pagar una sola entrada y meterme en un cuarto oscuro.

(U)n lugar común: ir al cine y creer que uno es el único que ha ido solo y se ha sentado solo, el único que conoce al director de esa película, el único que sabe de la importancia de ese ciclo. Lo cierto es que Nueva York está lleno de cinéfilos. Nunca se está solo y la mayoría de las veces siempre hay alguien, o muchos, que saben más que uno. Y, sin embargo, nadie puede privar a nadie del acto íntimo, solitario, que significa ver una película.

(E)n el estado de Nueva York hay alrededor de una decena de lo que en Latinoamérica solemos llamar "cines de arte". La distinción entre estos y los cines más comerciales es no sólo muy obvia en un sentido estético—estos últimos tienden a tener varios pisos, escaleras mecánicas, un número considerable de salas, mientras que aquéllos son en general pequeños, menos homogéneos, más rústicos—sino que, además, en los "cines de arte" con frecuencia se exhiben retrospectivas, películas raras o antiguas más en consonancia con el espíritu, por llamarlo de algún modo, "bohemio" o intelectual. Si mi memoria no falla, en Manhattan se encuentra la mayoría de estas salas: las que están dentro del Museo de Arte Moderno, las del Anthology Film Archives (entre cuyos dueños se cuenta el renombrado cineasta experimental lituano Jonas Mekas), el mítico IFC Center, Film Forum y el muy reciente e indie Metrograph, entre varios otros; en Brooklyn: las salas de la Brooklyn Academy of Music y del Nitehawk Cinema en el barrio hipster por excelencia, Williamsburg; en Queens: los cines del Museum of the Moving Image y seguramente algún otro que ahora mismo se me escapa.

(V)er a un actor famoso no es, como cabría esperarse, improbable en esta isla. En mi tiempo aquí me he cruzado, por ejemplo, con Gabriel Byrne, Meg Ryan, Juliette Lewis, Jesse Eisenberg y Catherine Deneuve en lugares tan mundanos y anodinos como la fila del supermercado, una esquina cualquiera, un café en medio de ninguna calle memorable de, supongamos, Soho. ¿Qué hacer cuando esto ocurre? Nada. El neoyorquino (tanto el que nace aquí como el que deliberadamente elige seguir las pautas dictadas por los locales) finge indiferencia o asume con resignación que nada de lo que haga o diga hará ninguna diferencia de ningún tipo en la vida de nadie. Voilà!

(A) la poca paciencia propia de nuestro tiempo se contrapone aquella que el cine exige. El tiempo del cine no corresponde con el tiempo lineal o circular, según quiera verse, de la vida material, cotidiana, de nuestras vidas, a menudo ancladas en el lado más concreto e inequívoco de la existencia. El cine puede ser lento, abstracto, intangible, contradictorio, irreal, incluso inverosímil. Hay que tratar al cine con cortesía.

(Y)o misma, no obstante, no trataría con cortesía a cualquier tipo de película. Habría entonces que hacer la distinción entre arte y entretenimiento. Películas para pasar el rato versus películas que, en un punto, cambian la vida entera.

(O)rilla y cauce. En el cauce, las películas más fáciles de asimilar (no por ello menos interesantes), aquellas que no piden que el espectador se detenga en ningún lugar específico (¿Wes Anderson?). En la orilla, las que nos obligan a la reflexión: *Jules et Jim*, mi favorita de Truffaut; todas las de Béla Tarr (¿cómo olvidar la importancia de una papa después de ver *El caballo de Turín*?); todo Cassavetes, Mike Leigh, Kaurismaki, Haneke, Tarkovski, Buñuel, Godard, Antonioni, Kurosawa.

(R)epaso, como ejercicio autoimpuesto, a los directores de cine originarios de Nueva York: el más obvio, Woody Allen, pero también Scorsese, Spike Lee, Oliver Stone, Stanley Kubrick, Mel Brooks, el ya mencionado Cassavetes y los más contemporáneos (y, me temo, ligeros) Noah Baumbach o Judd Apatow.

(K)edi es un documental hasta hace poco en cartelera que describe la vida de los gatos callejeros de Estambul. Una pequeña joya. Y eso también es el cine, y eso también es

Nueva York: una anomalía, un gato que camina sobre un toldo o duerme entre las verduras de un mercado; una obra de arte, una experiencia transformadora.



LA CIUDAD CINEMATOGRAFICA

Joaquín Blanes



Para Álvaro y Meraz, inigualables anfitriones.

La primera vez que visitamos Nueva York, éramos dos de esos jóvenes majaderos que buscaban lo extraordinario en la manzana gigantesca de Manhattan. Viajamos en diciembre, cuando apenas hay gente. Llegamos al JFK con las bolsas de viaje atiborradas de mapas estratégicamente marcados y guías subrayadas hasta en el pie de página. Una exageración propia de inconscientes mitómanos. Habíamos construido en varios mapas de la ciudad una red colorida de líneas conectoras y círculos, como un diagrama de flujo. Las líneas y círculos rojos marcaban trayectos y destinos prioritarios, de obligada peregrinación. *Breakfast at Tiffany's*, *Ghostbusters*, *Léon y Manhattan*. El color azul estaba asignado como opción B, por si los trayectos y destinos en rojo eran inviables. *Annie Hall*, *Requiem for a Dream* y *Sleepless in Seattle*. El verde suponía una opción casi impensable: *Crocodile Dundee*, *See No Evil*, *Hear No Evil* y *Desperately Seeking Susan*. Una elección desechada desde el comienzo, una especie de alternativa imposible, desinteresada, conformada por tener una tercera opción, por si la A y la B fallaban, algo improbable, teniendo en cuenta el rigor, el orden y la meticulosidad de ella y la disposición mía para con sus decisiones.

Nada más subirnos al taxi, una felicidad nos ahogó en el éxtasis. Ella apenas podía articular palabra, sólo hipaba, y yo, intentando esconder el dedo de la vista del conductor, señalaba entusiasmado el turbante de aquel hombre, de semblante adusto y magro, que intentaba hablar con nosotros, mientras ella hipaba y yo reía con una risa idiota repitiendo en voz queda: “Peter Sellers, Peter Sellers, Pe-ter Se-llers.” Dos críos, vaya. El trayecto hasta Manhattan nos pareció mágico, un poco largo, costoso, pero mágico.

Nos hospedamos en el hotel Chelsea buscando evocar el encanto con el que vivieron algunos de nuestros ídolos, desde Dylan Thomas hasta Leonard Cohen, sin olvidar nuestra irresistible atracción por aquella Natalie Portman que en el film de Luc Besson paseaba entre el colorido encaje de paredes y hierro. Sin embargo, de alguna manera, la huella indeleble que nos queda de ese hotel es su pasado horrendo, pues si uno mira hacia atrás, el mito del hotel se basa en algunas tragedias y no en una vistosa alegría. Al contrario, todo el armazón de su mito está construido con historias espantosas, como que Sid Vicious mató a Nancy Spungen en la habitación 100 o que Bob Dylan tuvo allí a su primer hijo.

Es complicado describir el hotel sin caer en la melancolía. Se podría decir que el hotel tenía un toque vintage y desvencijado cuando Mark Twain ya se hospedaba allí. Toda la solidez de mi admiración se resquebrajó nada más entrar en la habitación y ver un cuantioso número de ortópteros danzando el mambo número 5 de Pérez Prado, deslizándose de un lado hacia el otro de la habitación y vuelta a empezar. Todo muy chachachá. Fue como entrar en un episodio de *Creepshow*, sólo faltaba que detrás de la puerta nos esperara un payaso siniestro agitando un garfio de carnicero. La cama no la describo por si alguna vez alguno de ustedes decide hospedarse allí y no tiene alternativa.

Como estaba previsto, salimos a pasear en dirección al puente de Brooklyn, bajando por la Séptima hacia Washington Square. Hacía un frío como para perder las extremidades de una hipotermia, así que antes de llegar a Washington Square nos metimos en el metro. Cuando llegamos al puente de Brooklyn quisimos hacernos una foto romántica, ya saben: los dos juntos, en pareja, sin nadie más, ella y yo. Si recortamos

un poco la fotografía, se nos ve solos del mentón hacia arriba, el resto, era igual que esas fotos de pingüinos apretados en un terruño del polo sur. De repente, sentí un calor espeso abotagándome el gaznate, pensé enseguida, guiado por mi inspiradora hipocondría, que aquello era una hidropesía del corazón, al menos moriría como el emperador Adriano, pero pronto adiviné que un amable ciclista había enganchado mi bufanda en su manillar y me lancé a perseguirlo, más bien, tuve que perseguirlo, para seguir respirando. Ella me miró extrañada, llamándome a gritos, como si yo la hubiese abandonado de motu propio. Por fin conseguí alcanzar al muchacho, que pedaleaba con el ímpetu de un prófugo, y me quedé reanimando mis pulmones justo en la otra punta del puente. Ella llegó hasta allí de un modo más correcto y ordenado que yo, me enfrentó con ese gesto de ceño fruncido tan propio de palomas y jubilados que parecen detestar lo que ven o que les acaba de llegar un profundo olor a excremento. Le expliqué lo sucedido y me reconfortó con un abrazo y un coscorrón. Ya que habíamos llegado a Brooklyn, por el juego de azar de una bufanda y un velocípedo, le propuse ver el atardecer sentados en un banco del paseo, como hicieron Diane Keaton y Woody Allen en *Manhattan*, contemplando la altura de miras de la ciudad, en un paisaje moteado de ventanas luminosas, tal que un cuadro impresionista, y la brillante ingeniería del puente de Brooklyn, creada por la desdichada familia Roebling en el siglo XIX, pero esto no es una lección de ingeniería, es una cariñosa diatriba contra una ciudad maravillosa e insoportable al mismo tiempo. Intentamos sentarnos en uno de los bancos, la mitad de ellos tenía la madera podrida, la otra mitad estaba ocupada por jóvenes que fumaban, bebían y escupían alegremente, como si no hubiese mañana, qué digo mañana, como si no hubiese un después. Nunca, en mi vida, he visto salivar más que a esos jóvenes, tal vez únicamente al perro de Luis, que es un Bulldog francés horrendo con el rostro siempre apretado tras un cristal. Nos acomodamos como pudimos en uno de los bancos y aguardamos el silencio y la paz de la ciudad al anochecer. Deseábamos escuchar el sonido placentero de los pájaros, la zozobra irreprimible del East River rompiendo contra las tablas del muelle y enseguida llegó a nosotros el sonido metálico del tráfico, la letanía de la maquinaria industrial, el chirrido confuso de un camión cisterna a punto de engullirnos como a Jonás la ballena. Y entonces ella tuvo una idea feliz. Lo dijo con naturalidad y entusiasmo, yo creo que sin pensarlo, lo dijo porque le llegó visceral, irreprimible, le tuvo que venir como un flato o como un estornudo, algo así, porque lo dijo entusiasmada: “Vamos

a subir al Empire State como Meg Ryan y Tom Hanks.” Era de noche, hacía un frío para curtir pieles, habíamos caminado millas como para un viaje gratis con AA y aun así, fuimos al Empire State. Nos encontramos, por casualidad, que ese día celebraban la Run-up y que solo podía verse desde fuera. Desistimos.

De regreso al hotel, el taxi se detuvo en una señal en la esquina de Moore con Varick. Frente a mí se alzaba el portón rojo vivo y el medallón dorado que me pareció espantoso. Leí las letras del frente: “8 Hook & Ladder 8,” y le di un leve codazo a ella. Ella me miró fugaz y desganada y me hizo un gesto de desidia con la mano, como diciendo: “Va, déjalo.” Yo acepté con agrado porque, de alguna manera, estaba desencantado con nuestra forma de exagerarlo todo, empezando por esta ciudad, del mismo modo que estaba haciendo el taxista con el recorrido.

En la habitación fuimos directos a la cama, cuando descubrimos que la calefacción funcionaba con el ruido de una locomotora a vapor preferimos apagarla, abrazarnos bajo las mantas y susurrar nuestros nombres como una letanía en pos de aliviar el frío. Johnny, dijo ella. Jenny, dije yo; sabiendo que nuestros nombres nacieron como homenaje a una de esas películas en technicolor del lejano oeste. En el suelo, desechados, los mapas, las guías y el inventario de localizaciones, esperaban la samba viva de las cucarachas.



PEQUEÑO VALS (INSTALACIÓN PARA SER PROYECTADA DE FORMA SIMULTÁNEA EN CINCO SALAS DE LA CIUDAD.)

Salva G. Barranco



23 de agosto de 2010

Bonnie and Clyde (1967) de Arthur Penn

Bryant Park Summer Film Festival

Solo una vez se ve una ciudad por vez primera. Eso pensé entonces: recién llegado, bronceado del verano europeo, aún ignorante de la trampa del tiempo (ese sudoku que nos tatúan en la espalda), aún ajeno al férreo regocijo por la repetición de la diferencia. Tardaría algo más en conocer el dolor de la rodilla en el suelo, los distintos inicios de la carrera; aún entonces confiaba en que las causas precedían a las consecuencias, en la evolución lógica de los acontecimientos, en la bondad de los azares. Pero aquella primera vez se mostró la ciudad ante mí como una suerte de verbena: su desorden era en efecto un desorden ferial y festivo, en el que todo andaba suspendido en el aire

caliente. No me fue difícil subir a la rueda y pretender que su giro vertiginoso dependía en parte de mi propio impulso: qué nostalgia me da pensar en aquella ingenuidad, convencido, como hoy lo estoy, de que aquella vale mucho más que la inteligencia. Salí del hotel y eché a andar, renunciando a la orientación, hasta toparme con un parque que parecía un holograma para mi bienvenida. A un lado del parque, se proyectaba una película: esa fue la primera ficción desprendida de la ficción (esa propagación que sigue todavía), y acababa con la muerte de los protagonistas.

18 de febrero de 2011

The Clock de Christian Marclay (2012)

Paula Cooper Gallery

La fila de personas avanzaba muy lentamente. Nosotros nos unimos después de la cena, cuando todos los demás, acobardados por el frío, renunciaron a esperar en la intemperie. Nunca fue apropiado el pronombre “nosotros” para referirse a aquel chico y a mí mismo: quizás sólo aquella madrugada, esperando para entrar a la galería, pudo tener algún sentido. Nunca más. Todas las otras veces que nos besamos, yo fui el sediento y él el bebedero. Aquella madrugada fue la primera, y sentí que me abrazó por pura compasión: yo temblaba y él me dio su saliva como jarabe. Después de varias horas, pudimos entrar en la galería. Allí, un reloj imitando el sonido de un reloj; un día esforzándose por durar lo que dura un día; el tiempo superpuesto al propio tiempo. Al salir, la madrugada había avanzado imperceptiblemente: continuaba siendo una afiladísima navaja (qué bien entendí siempre el arma blanca lorquiana). Mi ego, una chinchilla acobardada ante su filo, ante la amenaza de un abrigo. En la calle, salí volando –ingrávido ya mi cuerpo sin mí mismo–; y un torbellino azul me llevó a casa.

11 de marzo de 2012

Possession (1981) de Andrzej Zulawski

Brooklyn Academy of Music

En *Possession*, la locura lo va arrastrando todo hacia su eje demente. El autocontrol se convierte en una concesión voluntaria hacia el lugar de las taladradoras industriales y de la montaña de cuerpos. No hay que despreciar la perfección de la pesadilla, su

geometría lacerante, la fluidez de sus cauces de dolor. El monstruo en la cama de Adjani es un monstruo-ciudad, un monstruo-pareja, un monstruo-ella-misma: el placer de la rendición es un bombón de licor que se deshace en la boca. En aquella época, lo oí (a Él) subir las escaleras hacia mi apartamento, tocar la puerta. Le esperé tumbado en la cama, anticipando la paliza, la violación, anticipando casi la muerte: me entregué sumisamente al dolor, consciente de que sería inevitable escaparse. Los pequeños momentos de felicidad que había experimentado en los meses anteriores (y que había coleccionado en una bolsita, como si fueran dientes de leche) buscaban ahora la compensación: pura matemática, pero siempre en favor de la resta, la división, la fracción, el quebrado, tendiendo al cero (que es la única verdad de la ciencia). Aquellos días pensé mi muerte, y vi a mi madre llorar por mí, a mi padre abrirse la cabeza contra la pared, a mis tías consolando a mi madre, a mis tíos preocupados por mi padre, a mis hermanos mudos. Mi cuerpo manoseado por los estudiantes de medicina antes de arder (y dar calor) por última vez.

24 de agosto de 2014

Kagadanan sa banwaan ning mga Engkanto (2007) de Lav Diaz

Film Society of Lincoln Center

Había habido amor entre tanto. Un amor que parecía siempre un paisaje desértico, de posguerra: no escaso, pero humilde (algunos hubieran preferido decir “minimalista”, pero no yo). No era un amor pequeño, solo que su puesta en escena era exigua: el pan, la cama, el mar. Su cuerpo flotaba sobre el Atlántico, frente a la costa portuguesa, y mi cuerpo flotaba a la vez sobre el suyo. Al bonsái que adornaba la encimera le habíamos llamado Futuro. Cuando regresé a Nueva York me pareció una ciudad desconocida: el verano esta vez era indisimuladamente un sudado potro de torturas al que me resistí a subir. El mismo día en que llegué vi en el metro a una pareja de yonquis: él le gritaba con una boca de lobo y ella, mugrienta y fuerte, le respondía abriéndole la cremallera, metiéndose su polla en la boca (como una última droga, como una última comunicación de interferencias y hongos). La fealdad era epidémica, nuclear. Todo me pareció inéditamente brusco. En el Lincoln Center proyectaban una película filipina de nueve horas titulada *Muerte en la isla de los Encantos*, y me pareció buena idea disolver mi drama en el otro (de nuevo: las ficciones que se desprenden de las ficciones; esa

partenogénesis, esa lógica cancerígena de lo real). En ella, un poeta regresa a un pueblo y lo encuentra borrado por el lodo. Esa lírica fúnebre me resultó armoniosa, arrulló mi jet lag hasta llevarlo hacia el final del domingo con una extenuación sobrehumana. Quise todo ese tiempo volver, pero temí encontrarlo también yo todo arrasado: el propio verbo en descomposición, la casa familiar demolida, el cuerpo del amante cruzado horizontalmente sobre la cama.

21 de marzo de 2015

Plemya (2014) de Miroslav Slaboshpitsky

MoMA – Titus

Algunos críticos se refirieron a *La tribu* como una película muda, pero no es cierto: las conversaciones se suceden todo el tiempo, acaloradas y agresivas, elocuentes. Otro asunto es que el habla sea un dispositivo de brazos y manos, una danza claustrofóbica y jadeante, una agitación cárnica. El patio de butacas estaba lleno de personas sordas. Empezábamos a salir del invierno, aunque indeciblemente, así que la descongelación fue lenta y aparatosa. Cuántas veces traté de comunicarme contigo a través del cuerpo, sin necesidad de ordenar las palabras y, sin embargo, tu empirismo y tu hombría anulaban el sobreentendido y devolvían siempre las cosas a niveles cotejables. Durante aquella primavera no escribí ni una sola hoja en mi diario, así que sólo recuerdo que fueron días blancos, días duros como el calcio. Pero hubo un aplauso al final, ¿sólo yo recuerdo ese estruendo? No estaba soñando cuando vi el ejército invadiendo nuestras ciudades. Pedir auxilio resultó inútil porque cada vez que grité confundiste mi voz con las olas. La pleamar inundó la orilla de Brooklyn. “Nada”, me dije. Con el agua al cuello: “Nada. Nada”.



EL SÉPTIMO ARTE

Carlos Villacorta González



Todo arte es propaganda

(George Orwell)

A quien nosotros, mentirosos profesionales, esperamos servir es a la verdad.

Me temo que la pomposa palabra para eso es "arte"

(Orson Welles)

Afuera del multicine, una sinuosa fila de personas sumergidas en la nieve sale del edificio y se prolonga hasta perderse en el estacionamiento. Lauren y Josh sabían que era inevitable que, en el estreno de la nueva entrega en la saga de *Star Wars*, hubiera muchos fans. Josh, sin embargo, había sido precavido: había comprado las entradas con su tarjeta de crédito desde su casa con una semana de anticipación. Si bien había cines por toda la ciudad de Nueva York, sabía también que no sería el único en querer estar en el estreno; el problema no era ese. A pesar de la vieja creencia de que las mujeres se tomaban toda la vida en arreglarse, lo cierto era que era él quien solía mirar su closet por varios minutos y probarse varias camisas y casacas antes de ponerse el sacón negro de siempre, sus guantes plomos y un gorro de igual color para encontrarse cómodo, ya sea que fuera para ir al cine o

a una reunión en Brooklyn o a comprar al supermercado; era él quien se demoraba en todo. Lauren había aprendido a vivir con eso, y se reía del asunto sin darle mayor importancia.

En la fila, parejas jóvenes y no tan jóvenes comían sus palomitas. Algunos niños corrían hacia una réplica de R2D2 que emitía los mismos sonidos que su original. Una mujer trataba de calmar a su bebé que lloraba escandalosamente. Josh no entendió el idioma en que la mujer le hablaba a su hijo. Los mayores, por otro lado, se tomaban foto con Darth Vader quien había decidido darse una vuelta por el multicine y, blandiendo su espada láser roja, parecía morir de frío cada vez que invitaba a alguien a dejarse cortar una mano como lo hiciera con su hijo Luke. Josh nunca había entendido por qué un padre podía llegar a tan terrible acto, ni siquiera después de haber visto las siete películas de la saga, incluyendo aquella donde un hijo mata a su padre. En algún momento de su niñez, había aprendido que, de ser el caso, alguna divinidad, Dios o un ángel, evitarían que eso sucediese. Este no era el caso, no importaba cuántas veces viera las películas: la historia siempre sería la misma.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—De repente te pusiste serio.

—No es nada. Pensaba en tonterías. Nada que valga la pena.

Más personas fueron llegando al cine corriendo, a minutos que dejaran entrar al público a la sala. Afuera la nieve se iba amontonando en la última noche del año. Habían sido 365 días difíciles para ambos por lo sombrío de los últimos acontecimientos. El doctor les había dicho que algunas veces, y sin mayor explicación, un óvulo fecundado no crecía y que el cuerpo enviaba señales extrañas como si se estuviera embarazada. Por eso, habían pensando ya en un nombre. Lo único que quedaba ahora era el aborto. Así había llegado la primavera del 2016 y aunque el verano pasó sin mayor incidente, las elecciones presidenciales habían enervado a todo el país. En su trabajo, los colegas de Lauren habían decidido hacer "America great again", incluso sus amigos latinos estaban de acuerdo con ese slogan.

—¿Te parece bien que nos confundan con esos latinos que roban y violan a las mujeres?

—No, por supuesto que no pero ...

—Bueno, ahí está. Mr. T. va a sacar a todos los que no trabajan y no pagan

impuestos. Así nosotros podemos seguir adelante. Además va a traer negocios aquí.

—Pero, ¡tú y tu esposo son inmigrantes! ¿De qué estás hablando?

—No es lo mismo. Hay inmigrantes e inmigrantes. Si por Alejandro fuera, él mismo no dejaría entrar a nuestro restaurante a ningún árabe.

—¿Te estás escuchando? ¿Y a los latinos? ¿A ellos tampoco?

—Depende.

Lauren había dejado de hablar con algunos amigos e incluso con su madre y sus hermanos sobre el tema porque no tenía sentido. Los padres de Josh, aunque italoamericanos, también estaban dispuestos a votar por Mr. T, no importaba que vivieran en un área bastante residencial en Long Island; de lo que se trataba era de reactivar la economía y de dejar atrás el discurso socialista de Obama. Por eso, ambos decidieron pasar las fiestas de fin de año en la ciudad, sin visitar a la familia. La última nevada del año no les iba a impedir salir de casa y pasar una noche mirando la última entrega de *Star Wars*. Luego, pensaron, se tomarían un vino en algún bar de la ciudad para dejar atrás el 2016, y el dolor que les había traído.

Cuando la película empezó, se besaron tiernamente mientras ella tomaba su brazo. Sin mayor comercial, la pantalla se oscureció y de repente apareció un logo reconocible.

No hubo el acostumbrado inicio con las letras amarillas explicando los sucesos que preceden a la película. Quizás porque era un spin-off, quizás porque ya todos se sabían la historia. Se sonrieron en la oscuridad mientras en frente de ellos, un científico sale a enfrentarse a otro que quiere llevárselo para que termine de construir un arma letal: la Estrella de la Muerte. Todo termina en desgracia cuando los soldados imperiales matan a su mujer y lo secuestran. Solo escapa su joven hija Jyn, en quien se enfoca toda la película.

Josh y Lauren miran sumergidos en la película. Lauren ha soltado una lágrima al ver a la niña correr en medio de un paisaje rocoso hacia un escondite sin nadie que la ayude. ¿Y si hubiera sido niña? Le hubiera puesto Charlotte como él quería. Pero si hubiera sido niño, no tenía un nombre escogido; no le gustaba ningún nombre de hombre en particular y le era muy difícil apostar por uno. Josh seguía absorto mirando la pantalla. Lauren recordó que, de pequeña, su padre le había comprado el Halcón Milenario de tamaño gigante para poder poner dentro sus otras figuras de acción. En sus juegos, era

Leia quien piloteaba la nave y no Han. Leia, cuyo corazón no le había resistido un año más. Lauren se entristeció súbitamente.

Jyn había sido rescatada por Cassian, un joven mexicano, para ser interrogada por el Consejo Rebelde. El joven mexicano, por supuesto, hablaba un perfecto inglés, lo cual le pareció un mérito a Josh. Jyn, sin embargo, hablaba poco o nada y no quería hablar de su padre. Josh no se podía quejar, había tenido un buen padre a pesar de todo. Fred, así se llamaba, nunca lo trató mal, posiblemente porque era el último hijo, pero no podía decir lo mismo de sus hermanas, a quienes su padre sí maltrataba verbalmente. “Solo una puta saldría así a la calle”, solía gritarles los fines de semana. Josh nunca tuvo mucho qué decir pero apenas pudo se fue a vivir con su hermana mayor a otro estado. Las heridas que dejó abiertas su padre entre Josh y sus hermanas se mantuvieron sangrando por mucho tiempo. Para cuando Fred fue diagnosticado con Alzheimer, era obvio que dentro de poco llegaría el momento de hablar de todos esos malentendidos.

—¿Dónde está tu padre?

—No lo sé. No lo he visto desde que era una niña.

—Tu padre ha estado trabajando para el Imperio Galáctico.

—Mi padre no es un traidor. Además yo fui criada por Saw Gerra.

—Parece que tu padre es la clave de un arma secreta.

Poco después, Cassian y Jyn parten en una nave a un planeta distante en busca del segundo padre de la joven. El panorama no puede ser más desolador: un desierto infinito de arenas rojas cubre la superficie del planeta donde la vida vale poco más que nada. La joven pareja desconfía uno del otro, aunque se apoyan en un robot que les sirve de compañero. Lauren, sin embargo, confiaba en Josh y odiaba la guerra. Su abuelo había muerto en una de esas guerras inexplicables en las que su país se metía por salvaguardar la paz y el honor del mundo. Su hermano Jared se había suicidado al poco tiempo de volver de Iraq en un sótano abandonado de un edificio en Filadelfia. Si bien era cierto que amaba el cine, el de terror especialmente, las películas de ciencia ficción no eran su favoritas, sino las de Josh. La saga de *Star Wars* era una excepción a la regla y, sin embargo, el enfrentamiento en ese planeta desértico le traía malos recuerdos, de su hermano, de las historias que le contaba de la guerra.

—Mis amigos coleccionaban “recuerdos”, yo mismo tuve algunos colgados en una suerte de llavero. Decían que eran para la suerte.

—Es horrible Jared ... ¿Y tú...?

—No. Yo simplemente tenía cuidado de las bombas. De lo contrario, ... una explosión y volaba tu jeep o el camión. Luego te dabas cuenta de que había sido una mina o alguien tiró una granada, si sobrevivías, claro.

Lauren sujetó fuertemente el brazo de Josh.

En ese momento, se escuchó una explosión en la sala, Jyn y Cassian corrían y peleaban contra los stormtroopers, quienes los superaban en número. En medio del campo de batalla, un niño llora sin que nadie lo rescate. Todos enmudecen.

De repente miles de niños aparecen corriendo hacia los espectadores, saliendo de la pantalla; gritando en un idioma desconocido; también con ellos, algunas mujeres aparecen sosteniendo en brazos a bebés que inundan la habitación con su llanto.

إمساةة

إمساةة

إمساةة

إمساةة

إمساةة

Nadie entiende lo que está sucediendo, una explosión llena la sala y el humo no deja ver nada. Los asientos de Josh y Lauren se sacuden pero no es el asiento únicamente lo que tiembla sino toda la sala. A lo lejos se escuchan gritos que los alertan. Josh toma de la mano a Lauren y salen rápidamente con el público empujándose entre varias mujeres que, cubiertas de arena, avanzan por el pasillo gritando en un idioma incomprensible. Una bomba estalla entre los asientos y un misil irrumpe desde la pantalla mientras Jyn y Cassian escapan de los soldados del Imperio.

En el pasillo, el público se atropella y grita desesperadamente mientras busca una salida. El sonido de armas láser hacen eco por el edificio. Un estruendo y las luces

parpadean. Una mujer cae al suelo entre pies que la golpean y la ahogan sin darle tiempo a incorporarse.

Repentinamente, al final del túnel una figura conocida emerge del caos. Su respiración es un eco en el abismo de nuestros corazones. Entre pedazos de cemento y humo, un sable de luz de color rojo ilumina la última noche de este año para todos.

APLAUSOS

NY, enero de 2017



AGRADECIMIENTOS

Teodelina Basavilbaso (Buenos Aires, 1987) Periodista, traductora y escritora. Actualmente cursa la Maestría en Literaturas en Lenguas Extranjeras y en Literaturas Comparadas, UBA.

Julián Troksberg es, más o menos en ese orden, cinéfilo, guionista, escritor y director. Escribió y dirigió las películas *Simón hijo del pueblo*; *Furia*, las peleas de Carlos Monzón y, su más reciente y recién terminada, *Una casa sin cortinas*, sobre Isabel Perón, primera presidenta mujer de América (2019). Publicó sus cuentos en el libro *La ruta hacia acá* y en diversas revistas y compilaciones. Es argentino y vive en el barrio de Inwood en Nueva York.

Salva G. Barranco (Huelva, 1987) es profesor de lengua y literatura españolas, doctor por The Graduate Center (CUNY), MFA en Escritura Creativa en Español por New York University y Licenciado en Periodismo por la Universidad de Sevilla. Su primer libro es *Ensayos del dolor propio* (ContraEscritura, 2015).

Carolina Tobar (Guatemala, 1989). Es doctora en Estudios Hispánicos por Brown University, donde escribió una tesis sobre narrativas latinoamericanas del siglo XXI y su conexión con las artes visuales. Sus cuentos han sido publicados en revistas y antologías y, en traducción al inglés, en *Delos: A Journal of Translation and World Literature*. Su primer libro de cuentos, *x, y, z* (Fardo, 2021) fue publicado en traducción al portugués (*Jabuticaba*, 2020).

Nuria Mendoza es una escritora y fotógrafa española. Máster en Escritura Creativa por NYU. Vive en Nueva York.

Rojo Robles, Ph.D. es escritor, dramaturgo y cineasta. También es Assistant Professor en el departamento de Black and Latino Studies de Baruch College, CUNY. Con su proyecto artístico *El kibutz del deseo* ha publicado la novela *Los desajustados* (2012, 2016) y el libro de relatos *Escapistas* (2017). También escribió, produjo y dirigió la película experimental, *The Sound of ILL Days* (2017). Además de manifestarse como teatrero durante una ferviente época de producción teatral en Puerto Rico (2001-2010), en la última década ha colaborado frecuentemente con la performer puertorriqueña Kairiana Nuñez Santaliz. www.rojorobles.com

Yehudit Mam es originaria de la Ciudad de México y vive en Nueva York desde 1992. Fue crítica de cine para *La Jornada Semanal* y ha escrito para los diarios *Reforma* y *El Financiero*, entre otros. Sus relatos han sido publicados en las antologías "*El gringo a través del espejo*", "*Camas separadas*" (Cal y Arena) y "*En qué cabeza cabe*" (Editorial Mapas). Escribe un blog de cine en inglés: *I've Had It With Hollywood*. También ha escrito sobre cine para *Out.com* y *Fusion*. Es co-fundadora de *dada.art*, una

plataforma de criptoarte que está creando una economía alternativa para las artes. Su primera novela, "*Quién Te Manda*" será publicada próximamente por Editorial Ferragosto.

Ethel Barja Cuyutupa (Perú, 1988) Escritora, traductora y docente. Publicó los libros *Trofeo imaginado entre dientes* (2011), *Gravitaciones* (2013, 2017), *Insomnio vocal* (2016) y *Travesía invertebrada* seguida de *Wandeo* (2019). Su escritura ha sido incluida en *Voces al norte de la cordillera: Antología de voces andinas en los Estados Unidos* (2016) y en las revistas *Lucerna*, *Los Bárbaros*, *Hostos Review*, *Lateinamerika Nachrichten*, *alba.lateinamerika lesen*, entre otras. Recibió el Premio *Cartografía Poética 2019* (Perú). Ha participado de eventos internacionales como *Latinal* (Alemania, 2018) y la *Feria del Libro Hispana/Latina* en Nueva York (2017, 2020). Estudió Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú, es maestra en Literatura Hispánica por University of Illinois at Chicago. Actualmente, es candidata al doctorado en Estudios Hispánicos en Brown University, dirige *Gociterra*, portal de crítica, creación y traducción.

Isabel Díaz Alanís es una escritora regiomontana que vive en Filadelfia. Tiene un doctorado en Estudios Hispánicos de la Universidad de Pensilvania y ha colaborado con *Letras Libres* y *El País*. Desde abril del 2020 co-conduce *Inventario*, un podcast sobre literatura y amistad con la escritora *Sylvia Aguilar Zéleny*. El podcast está hecho en colaboración con *Revista Este País*. Su crónica personal, *No hay nadie en casa* (primavera 2022), es el recuento de un viaje de verano durante un momento difícil en la vida de la autora.

Úrsula Fuentesberain (Celaya, México, 1982) es narradora y periodista independiente. Autora del libro de cuentos *Esa membrana finísima* (FETA, 2014), ha participado en doce antologías de narrativa y ejerce el periodismo desde hace dieciséis años. Sus textos han aparecido en medios impresos y digitales de México, Estados Unidos, Colombia y Perú. Ha sido becaria Fulbright, así como del FONCA y de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Almudena Vidorreta (Zaragoza, 1986) es poeta, profesora y madre, doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza (2014) y doctora en Literatura Latinoamericana por la City University of New York (2020). Sus poemas han visto la luz en los libros *Nueva York sin querer* (La Bella Varsovia, 2017, del que este "Supermoon" fue un adelanto), *Días animales* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013) y *Lengua de mapa* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2010), además de *Algunos hombres insaciables* (2009), reeditado en versión trilingüe por la Universitat de Lleida (2021), con traducciones al inglés y al catalán.

Elisa Díaz Castelo es poeta y traductora mexicana. Con el apoyo de las becas Fulbright-comexus y Goldwater, cursó la Maestría en Creative Writing (Poetry) en la Universidad de Nueva York. Fue primer lugar en el Premio Poetry International 2016. Poemas suyos aparecen en *Letras Libres*, *Hispanamérica*, *Revista de la Universidad*, *Tierra Adentro*, *Este País* y *Periódico de Poesía*, entre otras publicaciones periódicas. Su poemario más reciente es *Principia* (México, 2018)

LOS BÁRBAROS
NUEVA YORK



PliegoSuelto

Revista de Literatura y Alrededores

